Gabriela Mistral

POEMA DE CHILE

POEMA DE CHILE

GABRIELA MISTRAL

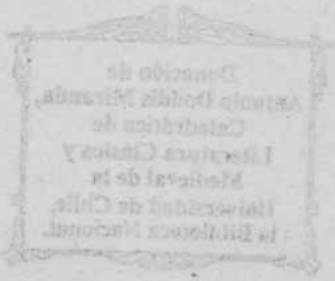
POEMA DE CHILE

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

EDITORIAL POMAIRE
SANTIAGO DE CHILE - BUENOS AIRES - MÉXICO - BARCELONA

Texto revisado por
DORIS DANA

Proyecto tipográfico y viñetas de
Will Faber



© EDITORIAL POMAIRE 1967

Depósito legal, B. 37.848 1966

EMEGÉ - Enrique Granados, 91 y Londres, 98 - BARCELONA

AL LECTOR

Es necesario dar a conocer cómo llegó a publicarse este libro póstumo de Gabriela Mistral. Ella, al morir, dejó inconclusa la obra. Durante los últimos veinte años de su vida tuvo una preocupación continua: escribir poemas sobre toda suerte de asuntos relacionados con su país: cantar sus plantas, animales, los ríos, el mar, los lugares y sensibilizar los problemas del campesino y la reforma agraria; escribir para ella estos poemas no fue un afán literario sino una necesidad vital.

El frecuente recuerdo de su patria la movía a escribir lo que evocaba. Y cada vez que algún chileno la visitó o en las cartas que escribía a sus connacionales, solicitaba información de algún nombre, la descripción de un animalito o de una planta, con un afán apasionado por penetrar el ser mismo de la historia natural de Chile y de todos los problemas de su tierra.

Otro valor tuvo la elaboración de estos poemas: la hacían volver a Chile, más que recordarlo, y en esta vuelta a través de la poesía, se encontraba con su pasado, con su infancia en Montegrande; en estos romances de POEMA DE CHILE, hay frecuentes diálogos entre ella y un niño indio; bien podemos ver en ellos que está dialogando la Gabriela adulta con la muchacha que fue; en el poema *Tordos* dice:

"Yo me tengo lo perdido
y voy llevando mi infancia
como una flor preferida
que me perfuma la mano."

Asimismo se aprecia que en ese lenguaje, ella revisa, valora, critica y ama a su Chile, en múltiples aspectos y problemas, como si hablara con diversos connacionales sobre esa vida lejana, con una mirada tierna que revela su mayor amor por el campesino y el mundo de los pobres, los que siempre saben "ofrecer sopa y casa".

En esos veinte años fue acumulando textos, muchos de los cuales no fueron terminados y otros no alcanzaron a pulirse. Así nos encontramos con un conjunto suelto, al cual tuvimos que crearle una coherencia de estructura. Sólo sabíamos que el poema titulado *Hallazgo*, iniciaría el libro, y que el titulado *Despedida* sería su final. El resto ofrecía varios problemas. El primero, establecer una sucesión de poemas que correspondiese con la geografía de Chile, puesto que la obra constituye un viaje de ella a lo largo de su país, de norte a sur, en compañía del niño indio y un huemul. Ahora, los pájaros y plantas descritos y vivificados en los versos debían llevar también su ubicación geográfica, de acuerdo con la historia natural de Chile.

Un orden especial debió cuidarse: el fenómeno de la temporalidad en estos romances. Si se trataba de una canción de cuna al huemul, debía situarse, dentro de la secuencia, en el atardecer y no en la mañana. Y en general, fue preciso mantener un equilibrio estético, para conservar la mejor calidad posible.

Muchas veces encontramos versos y estrofas que llevaban variantes, y otras, vacíos entre estrofas, acompañados de palabras sueltas, hasta seis, que debimos elegir para completar el verso. Además había que unir versos en estrofas incompletas para conservar el sentido.

Durante dos años hemos trabajado en sacar a la luz esta importante obra de Gabriela Mistral, no sólo para darle la estructura, solucionando los problemas señalados,

sino que también recopilando el material, que no se encontraba reunido en un solo haz.

En esta labor recibimos la generosa colaboración de John Thompson, el cual, durante muchos meses, me asesoró en esta tarea tan delicada; sin él no se hubiera podido llevarla a cabo.

También quiero agradecer la colaboración que recibí de Hugo Montes, al cual debo el glosario que acompaña el libro, y por diversos consejos, a Jaime Eyzaguirre, Hernán Díaz Arrieta y a Alfredo Lefebvre, y el apoyo recibido por Fundación Rockefeller y por el Instituto Hispánico de la Biblioteca del Congreso, en Washington. Y a muchos amigos chilenos que me favorecieron con su amistad y toda suerte de apoyo para llevar a cabo la publicación de esta obra póstuma de Gabriela Mistral.

Doris Dana

ÍNDICE

	Pág.
Hallazgo	7
En tierras blancas de sed	13
Noche de metales	17
Cobre	19
Atacama	21
Aromas	23
Canción de cuna del ciervo	25
Emigración de pájaros	27
Viento Norte	31
La chinchilla	33
Montañas mías	37
A veces, mama, te digo	39
Animales	41
Valle de Elqui	45
El Cuco	49
Huerta	51
Pascua	55
Tordos	57
Anochecer	59
Despertar	61
El mar	63
Concon	67
Valparaíso	69
Palmas	71
Palmas de Ocoa	75
Alcohol	77
Monte Aconcagua	79
Mancha de trébol	83
Valle de Chile	85
Jardines	87
Flores	89
Alamedas	105
Luz de Chile	107
Manzanos	109

Págs.

SALVIA ... 111
MANZANILLAS ... 113
LA RUTA ... 117
LA CORDILLERA ... 123
LA MALVA FINA ... 129
RAÍCES ... 133
PERDIZ ... 135
CASTAÑAS ... 143
MARIPOSAS ... 145
EL MAITEN ... 147
GARZAS ... 149
FRUTAS ... 151
FRUTILLAR ... 153
CHILLAN ... 157
BOLDO ... 161
NOCHE ANDINA ... 163
CONSTELACIONES ... 165
LA TENCA ... 167
CAMPESINOS ... 171
REPARTO DE TIERRA ... 173
FUEGO ... 175
A DÓNDE ES QUE TÚ ME LLEVAS ... 179
TOMÉ ... 181
TALCAHUANO ... 183
CONCEPCIÓN ... 185
BIO-BIO ... 187
LINAR ... 191
CORMORANES ... 193
ARAUCANOS ... 195
COPIHUES ... 199
HELECHOS ... 203
PIEDRA DE LA AMISTAD ... 205
VOLCÁN DE VILLARRICA ... 207
ARAUCARIAS ... 213
EL MUSGO ... 215
CISNES (*en el lago de Llanquihue*) ... 217
SELVA AUSTRAL ... 221
EL MAR ... 227
NIEBLA ... 231
PATAGONIA ... 235
LA HIERBA ... 237
ISLAS AUSTRALES ... 241
DESPEDIDA ... 243

HALLAZGO

Bajé por espacio y aires
y más aires, descendiendo,
sin llamado y con llamada
por la fuerza del deseo,
y a más que yo caminaba
era el descender más recto
y era mi gozo más vivo
y mi adivinar más cierto,
y arribo como la flecha
éste mi segundo cuerpo
en el punto en que comienzan
Patria y Madre que me dieron.

¡Tan feliz que hace la marcha!
Me ataranta lo que veo
lo que miro o adivino
lo que busco y lo que encuentro;
pero como fui tan otra
y tan mudada regreso,
con temor ensayo rutas,
peñascales y repechos,
el nuevo y largo respiro,
los rumores y los ecos.
O fue loca mi partida
.o es loco ahora el regreso;
pero ya los pies tocaron
bajíos, cuestas, senderos,
gracia tímida de hierbas
y unos céspedes tan tiernos

que no quisiera doblarlos
ni rematar este sueño
de ir sin forma caminando
la dulce parcela, el reino
que me tuvo sesenta años
y me habita como un eco.

Iba yo, cruza-cruzando *
matorrales, peladeros,
topándome ojos de quiscos
y escuadrones de hormigueros
cuando saltaron de pronto,
de un entrevero de helechos,
tu cuello y tu cuerpecillo
en la luz, cual pino nuevo.

Son muy tristes, mi chiquito,
las rutas sin compañero:
parecen largo bostezo,
jugarretas de hombre ebrio.
Preguntadas no responden
al extraviado ni al ciego
y parecen la Canidia
que sólo juega a perdernos.
Pero tú les sabes, sí,
malicias y culebreos...

Vamos caminando juntos
así, en hermanos de cuento,
tú echando sombra de niño,
yo apenas sombra de helecho...

* *Cruza-cruzando* vale por «cruza que te cruza», expresión indicadora de la acción reiterada e intensa.

(¡Qué bueno es en soledades
que aparezca un Angel-ciervo!)

Vuélvete, pues, huemulillo, *
y no te hagas compañero
de esta mujer que de loca
trueca y yerra los senderos,
porque todo lo ha olvidado,
menos un valle y un pueblo.
El valle lo mientan «Elqui»
y «Montegrande» mi dueño.

Naciste en el palmo último
de los Incas, Niño-Ciervo,
donde empezamos nosotros
y donde se acaban ellos;
y ahora que tú me guías
o soy yo la que te llevo
¡qué bien entender tú el alma
y yo acordarme del cuerpo!

Bien mereces que te lleve
por lo que tuve de reino.
Aunque lo dejé me tumba
en lo que llaman el pecho,
aunque ya no lleve nombre
ni dé sombra caminando,
no me oigan pasar las huertas
ni me adivinen los pueblos.

Cómo me habian de ver

* *Huemulillo*, diminutivo poco usado de «huemul», voz araucana para el ciervo andino.

los que duermen en sus cerros
el sueño maravilloso
que me han contado mis muertos.
Yo he de llegar a dormir
pronto de su sueño mismo
que está doblado de paz,
mucha paz y mucho olvido,
allá donde yo vivía,
donde río y monte hicieron
mi palabra y mi silencio
y Coyote ni Coyote
hielos ni hieles me dieron.

¿Qué año o qué día moriste
y por qué cruzas sonámbula
la casa, la huerta, el río,
sin saberte sepultada?
Ve más lejos, sólo un poco
más, donde está tu morada,
al lugar adonde miras
y te retardas, quedada.
No respondas a los vivos
con voz rota y sin mirada.

Se murieron tus amigos,
te dejaron tus hermanas
y te mueres sin morir
de ti misma trascordada,
y sueles interrogarnos
sobre tu nombre y tu patria.

Llegas, llegas a nosotros
desde una estrella ignorada,
preguntando nuestros nombres,
nuestro oficio, nuestras casas.

Eres y no eres; callamos
y partes, sin dar, hermana,
tu patria y tu nombre nuevos,
tu Dios y tu ruta larga,
para alcanzar hasta ellos,
hermana perdida, Hermana.

EN TIERRAS BLANCAS DE SED

En tierras blancas de sed
partidas de abrasamiento,
los Cristos llamados cactus
vigilan desde lo eterno.

Soledades, soledades,
desatados peladeros.
La tierra crispada y seca
se aparea con sus muertos,
y el espino y el espino
braceando su desespero,
*y el chañar * cociendo el fruto*
al sol que se lo arde entero.

Y en el altozano y en
las quebradas, como aperos
tirados como tendal,
tumbados de buhoneros,
aldeas y caseríos
llenos de roña y misterio.

Locos repechos, bajadas
como para niño y ciervo,
pero apenas un bocillo

* *Chañar*, voz quechua que designa a un árbol espinoso y de corteza amarilla.

de pastos de trecho en trecho
y caseríos callados
a medio alzarse, de miedo,
bajo el viento que los lleva
y que los suelta en dos tiempos.

Y otras tierras desolladas
en Bartolomés inmensos,
de un costado desangradas,
del otro en tendido incendio.
Y otra y otra vez aldeas
acurrucadas, friolentas,
con techo de paja y
huyendo y permaneciendo.

Tienen sed el cabrerío,
el olivillo y la salvia,
el pasto de cortos dedos
y el cuarzo y el cuellecillo
de muchachito y el ciervo.
Miseria de higuera sola
azuleando higos cenceños
*y de tunal * en que araña*
a tientas un rapazuelo
y de mujeres que vuelcan
*las «gamelas» ** y los tiestos*
y el umbral empedernido:
toda la Tierra y el cielo.

Claman ¡agua!, silabean
¡agua! durmiendo o despiertos.
La desvarían tumbados

* *Tunal*, palabra de escaso uso que designa el sitio que abundan las tunas.
** *Gamelas*, artesas para dar de comer y beber a los animales, para fregar, lavar y otros usos

o en pie, con substancia y miembros.
Y agua que les vàn a dar a
los tres entes pasajeros
con garganta que nos arde
y los costados resecos.

Cruzamos, pasamos, blancos
de puna y de polvo suelto,
del resuello de la Gea
y el sol blanco de ojo ciego
y repetimos los tres
callando, de pecho adentro;
Agua de Dios, un cadejo
de nube, un hilillo fresco.

El agua en sorbo o en hebra,
sonando su silabeo,
merced al hilo de agua
delgada, piedad de estero,
mejor que el oro y la plata
y el amor dado y devuelto.

No se me doble el huemul
al que le blanquea el belfo
y no me mire el diaguita *
que me rompe su deseo.
Un poco más y ella salta
con sus ojos azulencos
y van a beber de bruces
con risadas de contento
más doblados que sus cuellos
iguales en ciervo y ciervo.

* *Diaguita*, indígena cuya cultura se extendió desde la parte meridional de la provincia de Atacama hasta el sur de la provincia de Coquimbo, en Chile.

Se paran, o siguen y arden,
callan y laten enteros;
y el soplo que yo les doy
no les vale, de ser fuego...

*Apunta si el «ojo de agua»,**
ya en lo bajo del faldeo;
yo no sé, no, si es verdad
o mentira del deseo.
Está redondo y perfecto,
está en anillo pequeño;
brilla pequeñito y quieto
con dos párpados de hierba
y el ojo a nosotros vuelto
asombrado de sí mismo,
sin voz, pero con destello
milagro tardío y cierto.

¡Cómo beben, cómo beben,
que yo les oigo los cuellos!
Y bebiendo son iguales
el con belfo y el sin belfo.
La lengüecilla rosada
apura su terciopelo
y el niño bebió con toda
su cara que tomo y seco.

* Ojos de agua, vertientes naturales de agua.

NOCHE DE METALES

Dormiremos esta noche
sueño de celestes dejos
sobre la tierra que fue
mía, del indio y del ciervo,
recordando y olvidando
a turnos de habla y silencio.

Pero todos los metales,
sonámbulos o hechiceros,
van alzándose y viniendo
a raudales de misterio
*—hierro, cobre, plata, radium— **
dueños de nosotros, dueños.

Son lameduras azules
que da la plata en los pechos,
son llamaradas de cobre
que nos trepan en silencio
y lanzadas con que punza
a las tres sangres, el hierro.

Por confortarnos los pies
vagabundos, y aprenderse
nuestros flancos y afirmarnos

* *Radium.* La autora, tan dada al empleo de voces autóctonas, no desdeña latinismos como éste.

los corazones sin peso,
los tres del miedo ganados,
los tres de noche indefensos.

Y la noche se va entera
en este combate incruento
de metales que se allegan
buscando, hallando, mordiendo
lo profundo de la esencia
y la nuez dura del sueño.

Al fin escapan huidos
en locos filibusteros
y seguimos la jornada
cargando nuestro secreto,
arcangélicos y rápidos
de haber degollado el miedo.

Liberados caminamos
como los raudales frescos,
sin acidia y sin cansancio,
ricos de origen y término,
por la nocturna merced
de los Andes Arcangélicos
que dentro de su granada
impávidos nos tuvieron.

Vamos cargando su amor
como un amianto en el pecho,
como la casta y el nombre,
como la llama en silencio
que no da chisporroteo
y según nuestros orígenes,
despeñados de lo Eterno.

COBRE

Están redimiendo el cobre
con las virtudes del fuego.
De allí va a salir hermoso
como nunca se lo vieron
las piedras que eran sus madres
y el que lo befó por necio.

Suba el Padre Cobre, suba,
que naciste para el fuego
y te pareces a él
en el fervor de tu pecho.
Todavía, todavía
no confiesas el secreto
del amor y de la fiebre
que está en tus piedras gimiendo.
Nadie te habrá dicho hermoso,
porque el pecho no te vieron.

Día a día te volviste
la pobre piedra quedada,
la pobre piedra que duerme
y dura y odia la llama
y eres, ya, todos tus muertos
antes de ser sepultada.

Helados, llanto y sonrisa,
la oración y la palabra,

el amanecer la siesta
y la oración no arribada.
Ya es lo mismo, ya es igual
la mudez que la palabra.

ATACAMA

En arribando a Coquimbo *
se acaba el Padre-desierto,
queda atrás como el dolor
que nos mordió mucho tiempo,
queda con nuestros hermanos
que en prueba lo recibieron
y que después ya lo amaron
como ama sin ver el ciego.

El sol ya coció su piel
y olvidaron verdes huertos
como la mujer que olvida
amor feliz por infiernos
o el penitente que tumba **
... ...

No vuelvan atrás los ojos
pero guarden el recuerdo
de los que doblados tapan
sal parecida al infierno,
la hallan y la regustan
en el yantar, en el dejo,
y son como ella los hizo
de los pies a los cabellos,
y la terca sal los guarda

* *Coquimbo* es la provincia donde termina por el sur el desierto de Chile. Designa también el puerto vecino de La Serena, capital de dicha provincia.
** Falta un verso en el original.

íntegros hasta de muertos.
¡Qué dura tiene la índole
sal sin ola y devaneo,
pero que noble los guardas
enteros después de muertos!

Vamos dejando el cascajo
y las arenas de fuego,
y vamos dando la cara
a olores que trae el viento
como que, apuntando el agua,
vuelva nuestro ángel devuelto.

AROMAS

Cuentan entre los Arcángeles
el que da el aroma lento,
el que da el aroma denso,
y uno es aquél que regala
salvia, tomillo y romero
y éste no anda en los jardines,
porque ha escogido los huertos.

—Mamá, yo nunca lo he visto
¿Será que no anda el Desierto?
¿Será que al indio no quiere?

—Para qué lo quieres ver
si te repasa en el viento.

—Mamá, tendrá no más que alas
y que se ve sólo en sueños
o no le gustan los indios,
o pasará cuando yo duermo.

Sí, sí, mamá, algo me pasa
cuando al sueño voy cayendo.
Llévanos por donde pasa,
despiértame si estoy durmiendo.

—Pero pasa tan ligero
y tú tienes duro el sueño.

CANCIÓN DE CUNA DEL CIERVO

Duérmete con tus dos sangres,
en cervato del Desierto,
bien si acaso te despiertas,
bien si quedas en el sueño:
bueno es vivir y morir,
ser creado y ser disuelto.
Duerme tú, duerme hasta que
en cristiano despertemos.

Jugarreta con lomillo
y pezuñitas y vellos,
duerme a mitad de la sal,
la pelambre y el desuello,
el belfo blanco y salobre,
los lagrimales sangrientos.

No te oiga de dormido
el alma del hormiguero,
ni la araña te repase
las ancas de terciopelo,
ni el alacrán te conozca,
ni te revuele el murciélago,
ni te halle la bestia hirsuta
que en la noche hirió a mi Ciervo. *

* *Que en la noche hirió a mi Ciervo*, referencia a la muerte de su sobrino Tin-Yin, ocurrida trágicamente en Brasil el año 1943.

Pedrisco ni piedra hondeada
del Caín color de infierno,
ni la flecha envenenada
te den muerte que le dieron.
No duermas como él dormía,
fiados alma y alientos.

Blanda y morosa es la hierba,
viva como Angel atento.
Duerma la gracia tacneña,
duerma con sus dos alientos,
el color de la piñeta,
*la blandura del mansueto,**
con yerba buena en las astas,
sin sangre sobre los belfos,
cribado de las estrellas,
ebrio de olores disueltos,
soñando herbazal tumbado
y pastal que va subiendo:
¡Duerme, chiquito,
pace tu sueño!

(Y el velludito se va
como rama desprendiendo,
cargado del sueño suyo,
del pedregal y del médano.
Ya está parado en su bien,
rico de tiniebla y sueño).

* *Mansueto*, voz antigua para designar los animales mansos.

EMIGRACIÓN DE PÁJAROS

Como si nos saludasen
desde lo alto la llegada
a la extremosa región
a la madre más lejana,
viene por los aires altos
como por obra de gracia,
cortando el azul celeste,
*la mayor «gente» * emigrada.*
Vienen, vienen, los pelícanos...

—¿Qué ves, mamá, que no veo
y miras embelesada?

—Para que los veas, párate.
¡Qué lindas recién llegadas!
Son las gentes del mar último,
pelícanos en bandadas.

—Miéntalos, mamá, ja, ja,
ya veo ya la bandada.

—Porque es pura nieve y hielo
la Patagonia extremada,
vienen las aves del mar

* «*Gente*». Entre comillas en el original para señalar el antropomorfismo.

en esa cinta azorada.
Tantas son que cubrirían
el potrero, si abajaran.

—Gritan, mamá, gritan todas.
Será que temen y llaman.

—No, mi loquillo, que bajan
gritando por su arribada.
Pero no nos dan el gusto
de oírles bien la algarada.
Conténtate con mirarles
la línea donosa y blanca.

—Pero ¿para dónde van?
¿Van perdidas y no bajan?

—¡Qué se van a perder ellas,
mi niño disparatado!
Nosotros, sí, nos perdemos
pero aquéllas nunca fallan.
Bajarán cuando divisen
playa suya acostumbrada.

La peonada ni mira
lo linda que es su pasada.
Las gentes, chiquito, saben
de pájaros poco o nada;
sólo yantares y cosas
y chismes de la contrada. *

* Contrada, arcaísmo que designa una región o lugar.

Bajan, bajan, bajan en vertical
a pastos acostumbrados.
Oyelas en vez de hablar,
mira y no grites, mi niño...
no te pierdas su pasada.
Ahora se oye un poco más;
es que divisan sus playas...

—Cuenta más, cuenta, la Mama.

—Ayunas de calendario,
de señales y de llamada,
las tres o las cinco mil
saben la fecha llegada
y se dan voz de partida
como casta convocada
y suben como llamadas.

Dejan el hielo, la arena
menuda, el nido y las playas,
el sol esquivo y se vienen
hacia la segunda Patria.
Ya se ven más, ya torcieron
el rumbo, como silbadas.
Ellas están advertidas
casi, casi son llamadas.
La mancha se va entreabriendo.
Ya reconocen las playas.
Y ahora es bajar muy recto
y con gritos de arribada.
Bienvenidas a las dunas,
tan dulces y acostumbradas.
Bajan, bajan, bajan todavía...

VIENTO NORTE

El viento Norte viene
levantándose, ladino,
y aunque es más viejo que Abraham,
así comienza de fino,
y si no se apura el paso,
ya nos coge el torbellino
y somos, dentro del Loco, *
un frenético, un zarcillo,
un volantín con que juega
hasta que cae vencido
y se devuelve a sus antros,
también él roto y vencido.

—Mamá, pero te has trepado
a donde el viento es indino.

—Porque yo me envicié en él
como quien se envicia en vino,
trepando por los faldeos,
siguiéndolo por el grito.
Yo no era más, era sólo
su antojo y su manojillo
y a mí me gustaba ser
su jugarreta sin tino
y en donde estoy, todavía
le llamo, a voces, «mi niño»...

* *Loco.* Probablemente por su acostumbrada violencia. La expresión en labios de la autora tiene también alcances de afecto y predilección.

¿Sabes a qué baja el Loco?
Baja a cumplir su destino.

—El no sabe nada, mama,
y hace, no más, desatinos.
Zamarreaba nuestra casa
como si fuese un bandido.
Ninguno entonces dormía
y era como el Anti-Cristo.

—Te tiras al suelo como
si pasase el Diablo mismo,
¡ay, mi zonzo novelero!
Tapa tus orejas hasta
que cruce mi Loco suelto,
pero déjalo que a mí
me cante en Loco divino.
Porque, sábelo, nosotros,
poetas de él aprendimos
el grito rasgado, el llanto.

LA CHINCHILLA

Te traje por andurriales,
dejando a la bien querida,
la Madre y Señora Ruta,
madre tuya y madre mía.
Ahora que hagas paciencia,
vamos siguiendo una huida.

—¿A quién, di, mama antojera,
rebuscas con picardía?

—Calla, calla, no la espantes:
por aquí huele a chinchilla.

—¡Oh! las mentaba mi madre;
pero esas tú no las pillas.
Pero ahora es el correr
y volar ¡mírala, mírala!

—¿No la ves que va delante?
¡ay qué linda y qué ladina!

—¿Qué ves, di, qué se te ocurre?

—Corre, corre ¡es la chinchilla!

—Yo veo una polvareda
y tú como loca gritas.
Queda atrás que yo la sigo,
suéltame que ya la alcanzo.
¿Quién pierde cosa tan linda?
Calla, para, yo la atrapo.
Escapó, mírala, mírala,
ya se pierde en unas quilas.
¡Que no se la logre un pícaro!
Es la chilena más linda.
Su bulto me lo estoy viendo
en la hierbas que palpitan.

—Tú la quieres y ¿por qué
dejas que otros la persigan?

—Ja, ja, ja. Yo soy fantasma,
pero cuando era una viva,
nunca me tuve la suerte
de ser en rutas oída.
Tampoco en casas ni huertos.
¿Por qué tan triste me miras?

—Mira la raya que deja
sobre los trigos la huida.

—No rías tú, tal vez tienen
un ángel las bestiecitas.
¿Por qué no? ¿Cómo es, chiquito,
que todavía hay hermana chinchilla?
Las hostigan y las cogen.
Quien las mira las codicia,
los peones, los chiquillos,
el zorro y la lobería.

—Oye, ¿la mentaste hermana?

—Sí, por el hombre Francisco
que hermanita le decía
a todo lo que miraba
y daba aliento u oía.

—Eso, eso me lo cuentas
largo y tendido otro día.
Ahora, mama, tengo pena
de no mirar cosa viva.
Tú caminas sin parar
y yo me pierdo lo que iba,
apenas me alcanzo a ver,
veo aguas y bestiecitas.

MONTAÑAS MÍAS

En montañas me crié
con tres docenas alzadas.
Parece que nunca, nunca,
aunque me escuche la marcha,
las perdí, ni cuando es día
ni cuando es noche estrellada,
y aunque me vea en las fuentes
la cabellera nevada,
las dejé ni me dejaron
como a hija trascordada.

Y aunque me digan el mote
de ausente y de renegada,
me las tuve y me las tengo
todavía, todavía,
y me sigue su mirada.

A VECES, MAMA, TE DIGO...

—A veces, mama, te digo,
que me das un miedo loco.
¿Qué es eso, di, que caminas
de otra laya que nosotros
y, de pronto, ni me oyes
y hablas lo mismo que el loco
mirando y sin responder
o respondiendo a los otros?
¿Con quién hablas, dime, cuando
yo me hago el que duerme... y oigo?
Será con los animales,
la hierba o el viento loco.

—Porque todos están vivos
y a lo vivo les respondo.
También contesto a lo mudo,
por ser mis parientes todos.

—Ja, ja, ja, mama, la mama,
calla o me lo cuentas todo.

—Me llamaban «cuatro añitos»
y ya tenía doce años.
Así me mentaban, pues
no hacía lo de mis años:
no cosía, no zurcía,
tenía los ojos vagos,

cuentos pedía, romances,
y no lavaba los platos...
¡Ay! y, sobre todo, a causa
de un hablar así, rimado.

—¿Y qué más, qué más hacías?
¡Ve contando, ve contando!

—Me tenía una familia
de árboles, otra de matas,
*hablaba largo y tendido **
con animales hallados.
Todavía hablo con ellos
cuando te vas escapado.

Pero ellos contestan sólo
cuando no les haces daño.
No los hostigó mi Santo
Francisco y les dijo hermanos.

* *Largo y tendido,* locución popular para indicar la realización morosa y cómoda de una acción

ANIMALES

En este revoloteo
nuestro y este toma y daca, *
doblando helechos mojados
y quebrando gajos muertos,
vamos oyendo los dos
un ruido que no es confeso,
una carrerita corta,
un paro y un mastiqueo. **

—Yo oigo, sí, pero se va
en cuantito que me allego...
Pero con el ruidecillo
pasan, Mama, ojos con miedo.

—Le «apuntaste», *** *pero tú*
no sabes el nombre de eso.
Eso se llama el castor
y malo no es, sólo es feo.
Tiene más miedos que tú,
ocho miedos y diez celos.

—Mama, no te estés riendo
de mí. ¿Qué es eso de celo?

* *Toma y daca*, frase popular indicadora de dar y tomar. Implica además un juego de cartas.
** *Mastiqueo*, neologismo formado de «masticar».
*** *Apuntaste*, en la acepción de «acertaste», no reconocida por el Diccionario Académico.

—Es don Castor marrullero,
o tal vez doña Castora
que ya tendrá crios nuevos
y que los cela de ruidos
y ojos que son traicioneros.

—Allá saltó, Mama. Párate,
que si corro me lo tengo.

—Si es Castora y tiene crios,
no te allegues, te lo ruego.
Déjalo, novedosillo.
Ya lo viste. Donde apunte
debe tener la manada
y va a los suyos corriendo.

—Oyeme, indito, oye, Mío:*
nunca mates lo que es madre
que amamanta bajo el cielo,
da su leche y acarrea
semillas y «comederos».

—No mataré, pero... Mama,
déjame ver el nidero.
¡Cosa nunca vista!
Y también son feos, mira,
y saltan y son pequeños.
Repite, Mama, su nombre.
Ahora ya no me lo tengo.
¿Todos se llaman lo mismo?
Ya los vi. Vámonos yendo.

* *Indito*, diminutivo de «indio» muy usado en el libro.

Cas-tora, cas-tor. ¡Qué lindo
es mentar un nombre nuevo!
Y tú ¿tienes otro nombre,
la Mama?

—Sí, el que me dieron
y el que me di de mañosa
y el nuevo me mató el viejo.
No averigües más. ¡Camina!
¿Tienes hambre? Se han quedado
muy atrás los piñoneros.
Trota más, para llegar...

VALLE DE ELQUI

Tengo de llegar al Valle
que su flor guarda el almendro
y cría los higuerales
que azulan higos extremos,
para ambular a la tarde
con mis vivos y mis muertos.

Pende sobre el Valle, que arde,
una laguna de ensueño
que lo bautiza y refresca
de un eterno refrigerio
cuando el río de Elqui merma
blanqueando el ijar sediento.

Van a mirarme los cerros
como padrinos tremendos,
volviéndose en animales
con ijares soñolientos,
dando el vagido profundo
que les oigo hasta durmiendo,
porque doce me ahuecaron
cuna de piedra y de leño.

Quiero que, sentados todos
sobre la alfalfa o el trébol,
según el clan y el anillo

de los que se aman sin tiempo
y mudos se hablan sin más
que la sangre y los alientos.

Estemos así y duremos,
trocando mirada y gesto
en un repasar dichoso
el cordón de los recuerdos,
con edad y sin edad,
con nombre y sin nombre expreso,
casta de la cordillera,
apretado nudo ardiendo,
unas veces cantadora,
otras, quedada en silencio.

Pasan, del primero al último,
las alegrías, los duelos,
el mosto de los muchachos,
la lenta miel de los viejos;
pasan, en fuego, el fervor,
la congoja y el jadeo,
y más, y más: pasa el Valle
a curvas de viboreo,
de Peralillo a La Unión, *
vario y uno y entero.

Hay una paz y un hervor,
hay calenturas y oreos
en este disco de carne
que aprietan los treinta cerros.
Y los ojos van y vienen

* *Peralillo*, caserío situado a 6 km. al este de Vicuña, sobre el valle de Elqui. *La Unión*, nombre antiguo del pueblo Pisco-Elqui, sobre el mismo valle.

como quien hace el recuento,
y los que faltaban ya
acuden, con o sin cuerpo,
con repechos y jadeados,
con derrotas y denuedos.

A cada vez que los hallo,
más rendidos los encuentro.
Sólo les traigo la lengua
y los gestos que me dieron
y, abierto el pecho, les doy
la esperanza que no tengo.

Mi infancia aquí mana leche
de cada rama que quiebro
y de mi cara se acuerdan
salvia con el romero
y vuelven sus ojos dulces
como con entendimiento
y yo me duermo embriagada
en sus nudos y entreveros.

Quiero que me den no más
el guillave de sus cerros
y sobar, en mano y mano,
melón de olor, niño tierno,
trocando cuentos y veras
con sus pobres alimentos.

Y, si de pronto mi infancia
vuelve, salta y me da al pecho,
toda me doblo y me fundo
y, como gavilla suelta,

me recobro y me sujeto,
porque ¿cómo la revivo
con cabellos cenicientos?

Ahora ya me voy, hurtando
el rostro, por que no sepan
y me echen los cerros ojos
grises de resentimiento.

Me voy, montaña adelante,
por donde van mis arrieros,
aunque espinos y algarrobos
me atajan con llamamientos,
aguzando las espinas
o atravesándome el leño.

EL CUCO

La siesta de los cinco años
el Cuco me la punteaba.
El no volaba mi rostro
ni picoteaba mi espalda.
Yo no sé de dónde el tierno
sus dos sílabas mandaba
o las dejaba caer
de alguna escondida rama.
Pero a la siesta, a la siesta,
esas dos me adormilaban,
dos no más, pero insistentes
como burlona llamada...
Y la lana de mi sueño
ya era lana agujereada...
Y la mata de mi sombra
se abría de su lanzada.

Cuco-Cuco al mediodía,
y en la tarde ensimismada,
Cuco-Cuco a medio pecho,
Cuco-Cuco a mis espaldas.
¿Por qué no ponía nunca
otra sílaba inventada?

Cuco pico entrometido,
Cuco nieto de un solo árbol,
siempre en una misma rama

y nunca de ella abajado,
Cuco ni blanco ni rojo,
ni azul. ¡Pobre Cuco pardo!

Ya no duermo bajo árbol
que tenga Cuco en las ramas
ni al sol ni a la luna juegan
conmigo las que jugaban.
Burladas y burladoras
en los trances de la danza.

Pero donde es Montegrande
nunca se rompió la danza
ni el Cuco falló a la cita
en higuerales ni chacras,
¡ni a mí me faltó al dormir
el Cuco de mis infancias!

HUERTA

—Niño, tú pasas de largo
por la huerta de Lucía,
aunque te paras, a veces,
por cualquiera nadería.

¿Qué le miras a esa mata?
Es cualquier pasto. ¡Camina!

—¿Qué? es la huerta de Lucía.
Tan chica, mama, y sin árboles.
¿Qué haces ahí, mira y mira?
Esa vieja planta todo.
Por vieja, tendrá manías.

—Tontito mío. Es la albahaca.
¡Qué buena! ¡Dios la bendiga!

—Pero si no es más que pasto,
mama. ¿Por qué la acaricias?

—Le oí decir a mi madre
que la quería y plantaba
y la bebía en tisana,
le oí decir que alivia

el corazón, y eran ciertas
las cosas que ella nos contaba.

—¿Por qué entonces no la coges?

—Chiquito, soy un fantasma
y los muertos, ya olvidaste,
no necesitan de nada.

—¡Ay, otra vez, otra vez
me dices esa palabra!

—¿Cómo te respondo entonces
a tantas cosas que me hablas?

—Mama, oye: algunas veces
me lo creo, otras veces, nada...
Me dices que te moriste
pero hablas tal como hablabas.
Cuando voy solo y con miedo,
siempre vienes y me alcanzas,
casi nada has olvidado
¡y caminas tan ufana!
¿Por qué te importan, por qué
todavía hasta las plantas?

—Chiquito, yo fui huertera.
Este amor me dio la mama.
Nos íbamos por el campo
por frutas o hierbas que sanan.
Yo le preguntaba andando

por árboles y por matas
y ella se los conocía
con virtudes y con mañas.

Por eso te atajo cuando
te allegas a hierbas malas.
Esta Patria que nos dieron
apenas cría cizañas,
gracias le daba al Señor
por todo y por esta hazaña.
Le agradecía la lluvia,
el buen sol, la trebolada,
la lluvia, la nieve, el viento
norte que nos trae el agua.
Le agradecía los pájaros,
la piedra en que descansaba,
y el regreso del buen tiempo.
Todo lo llamaba «gracia».

—¿Gracia? ¿Qué quiere decir?

PASCUA

¿Sabes tú, fantasma, sabes
cuando va a caer la Pascua,
de que pasen por los campos
señores y caballadas,
partiendo lo no partido
y alegrando a la huasada? *
¡Qué alboroto habrá, imagina
qué fiesta y qué zalagarda,
qué verbena aquí en la tierra,
gritos y toques de diana!

Pascua en el Valle de Elqui
y en los cielos fiestas, Mama.
¿Cuándo va a amanecer, di,
la Tierra nuestra, cristiana,
para echarnos a cantar
hombres y mujeres, Mama,
al filo del alborear
como gente enajenada?
Y tú también, aunque a ti
la tierra te esté sobrada.
¿Dónde va a ser el cantar
y el llorar de la gallada
y el alabar como nunca
alabó la criollada?

* *Huasada*, conjunto de huasos, campesinos típicos de Chile, especialmente en su zona central.

TORDOS

A estas horas y lo mismo
que cuando yo era chiquilla
y me hablaban de tú a tú
el higueral y la viña,
están cantando embriagados
de la estación más bendita
los tordos de Montegrande
y cantan à otra Lucila...

Pero con que yo me calle
como el monte o la beguina,
el cantar del embriagado
me alcanza a la extranjería,
porque no me cuesta, no,
recobrar canción perdida.

Siguen cantando los tordos
en la higuera preferida
y yo dejo de escuchar
la marea que me oía
y les respondo la gracia
con el ritmo, porque sigas...

Cantan y embrujan la rama
que ya va cobrando vida
y por seguir su balada

no respondo a lo que grita
y en este escuchar se va
la siesta y se acaba el día.

Yo me tengo lo perdido
y voy llevando mi infancia
como una flor preferida
que me perfuma la mano.
Y la madre va conmigo
sol a sol y día a día,
va con rostro y va sin llanto
cantándome los caminos.

No me lloren, no me busquen
en cementerio perdido,
ni cuando cae la nieve
ni travesea el granizo.
Vendré olvidada o amada,
tal como Dios me hizo,
como una fruta cogida
que vuelve dulce la marcha
y me inventa compañía.
Mi madre va, va conmigo
ni olvidada ni rendida.

ANOCHECER

Cae el día del Señor
con rojos brazos abiertos
y nos abraza la noche
de los hombres y los ciervos.
No tengas miedo, no gimas.
Bien te alzo, bien te tengo.
La noche, por noble, ciega
al cazador y al matrero.
Déjala tú que nos cubran
sus anchos brazos abiertos.
Por la gracia de su esponja
ni somos ni parecemos.
Ni los matorrales densos
ni el oso de terciopelo
tienen la piel de la Noche
garabateada de sueños.

DESPERTAR

Dormimos. Soñé la Tierra
del Sur, soñé el Valle entero,
el pastal, la viña crespa,
y la gloria de los huertos.
¿Qué soñaste tú, mi Niño
con cara tan placentera?

Vamos a buscar chañares
hasta que los encontremos,
y los guillaves prendidos
a unos quiscos del infierno.
El que más coge convida
a otros dos que no cogieron.
Yo no me espino las manos
de niebla que me nacieron.
Hambre no tengo, ni sed
y sin virtud doy o cedo.
¿A qué agradecerme así
fruto que tomo y entrego?

EL MAR

—Mentaste, Gabriela, el Mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él
y oírmelo sólo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo.
*Y así de golpe y porrazo,**
él, en brujo marrullero,
cuando ya ni hablábamos de él,
apareció en loco suelto.

Y ahora va a ser el único:
Ni viñas ni olor de pueblos,
ni huertas ni araucarias,
sólo el gran aventurero.
Déjame, mama, tenderme,
para, para, que estoy viéndolo.
¡Qué cosa bruja, la mama!
y hace señas entendiendo.
Nada como ése yo he visto.
Para, mama, te lo ruego.
¿Por qué nada me dijiste
ni dices? Ay, dime, ¿es cuento?

—Nadie nos llamó de tierra
adentro: sólo éste llama.

* *De golpe y porrazo*, locución popular denotadora de realización súbita, de prisa.

—¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.
Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla.

¡Ay, qué feo que era el polvo,
y la duna qué agraciada!

—Echate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Oyele él habla bajito,
casi casi cuchicheo.

—Pero, ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo
braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es Demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y, aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, a pesar del miedo,
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.

Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

—Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga
y se diga como un cuento.

El es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.

CONCON

Nos sigue el aire marino
con un estremecimiento,
alimento suyo y de hombres,
de mar picado y de cedro.

El viento que nos apura
trae de Concón sus lienzos
y bate tactos de barcas
y el caer con chapoteo
y el nombre que les pregonan
los calafates riendo
entre olores que declaran
olas, breas y maderas.

Se sienten caer las doce
cortadas en pino y cedro
y lo que al lanzarlas gritan
es que por fin los mañeros
que eran el mar y la selva
pararon en casamiento...

Cuando vengamos de vuelta
por el «segundo sendero»,
con ellas nos cruzaremos
y vendrán graves y lentas
como almas que «recibieron»

y con un azoro alegre,
desde el timón a los remos.

Cuando te deje en tu playa,
si escoges el ser costero,
me vas a hacer una barca
como otros no la tuvieron.
Yo te veré calafate,
que no piedra del desierto:
y sin sorber blanco polvo
todo mar navegaremos.
La promesa cosquillea tu
cuerpecito atacameño,
y el mar te acepta engreído
de vanidad y deseo.

VALPARAÍSO

Se pierde Valparaíso
guiñando con sus veleros
y barcos empavesados
que llaman a que embarquemos;
pero no cuentan sirenas
con estos aventureros.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

PALMAS

En el mes de...
planta palmas, jardinero.
No vas a gozar sus talles
de matrona con gracia,
tampoco se la gozaron
los que palmares te dieron.
Te rien unos ociosos
el afán de acarrear reinas
que cantan a los diez años
y antes ni hablan ni sombrean.

Coge en tu mano semillas
y canta, cantando, siembra.
Así mismo te pusieron
tus padres, riendo en la Tierra.
Planta la palma de miel,
plántala, aunque no la veas,
y no le goces la fiesta
ni le oigas la risotada
de niño loco o mujer ebria.
Canta para la que nace
en este mismo momento,
planta unos hijitos de ella...

Es bella como ninguna
por altiva y por señora.
Todos los aires la buscan

por su resonar de velas
que silban o que murmuran
o rezongan, comadreras.

Yo oí al huertero decir
que valen sólo de viejas,
que son unas remolonas
en crecer, y otras lindezas.
Van a cantar en creciendo
del alba a la noche ciega,
por el antojo del viento
o el antojo de tu pena
o por alabar el alba
que, sin ser llamada, llega.

Qué himno recio el que cantan,
pero qué fieles lo entregan
desde que el día amanece
y muere y otro comienza.

—También vas a creer, mama,
que son gentes las palmeras,
*y querrás que viva en Ocoa **
por oírlas y por verlas.
También las crees personas
y te lo crees a ciegas.

—Apura el paso y, llegando
a Ocoa, crees en ellas.
Unos creen por el ver

* *Ocoa*, localidad sobre el valle del Aconcagua medio, especialmente apta para el cultivo de la palmas.

y el tocar, y otros bizquean
hasta en tocando y en viendo
y éstos pierden la fiesta.

Cuéntame, palma de miel,
cuenta si acaso recuerdas
quien «novelero» te trajo
por unos mares y tierras
o di si de todo tiempo
el Gran Dios te hizo chilena.
Nunca supieron contarme
tu secreto. Cuenta, cuenta.

Se me alborota en lo alto,
con queja dura contesta
y no le entiendo el parleo
tan alto y recio, de reina.
Para agradecerle, sí,
la miel que cuaja en la siesta,
me desvié del camino
y estoy como romera
por oírle el canto recio
de madre espartana
o de vieja madre hebrea.

Sigan las palmas cantando, cantando
canción que ama y que vela,
canción de madres despiertas.

PALMAS DE OCON

Recto caminamos como
los que llevan derrotero,
según volaba la flecha
del indio, loca de cielo
por el país que parece
dulce corredor eterno.
Pero va llegando ahora
un llamado, un palmoteo.

Son las palmeras de Ocoa
lo que se viene en el viento,
son unas hembras en pie,
altas como gritos rectos,
a la hora de ir cayendo
en el mes de su saqueo,
y las demás dando al aire
un duro y seco lamento.
Y son heridas que manan
miel de los flancos abiertos,
y el aire todo es ferviente
y dulce es, y nazareno,
por las reinas alanceadas
que aspiramos y no vemos.

Caminamos respirándolas
la mujer, el indio, el ciervo,
y llorándolas los tres
de amor y duelo diversos.

El que más sabe es el indio;
el que oye mejor, el ciervo;
y yo trato en estos hijos
por gracia de ambos, sabiendo.

ALCOHOL

Resbalando los pastales
y entrando por los viñedos
que el Diablo trenza y destrenza
desde la cepa al sarmiento,
dan al animal y al indio
tufos de alcohol violento
y ambos ven la llamarada
que salta de pueblo a pueblo,
con la zancada y la mueca
del mono que corre ardiendo.

Al indio el payaso trágico
le robó el padre en su juego;
al otro quemó el pastal
que blanqueaba de corderos,
y a mí me manchó, de niña,
la bocanada del viento.

Vaciaremos los lagares
y aventaremos los cueros,
para quemar la demencia
de los mozos y los viejos.
¡Ea, el chiquillo y la bestia!
¡Vamos por bodega y pueblos,
vamos, como los cruzados,
hostigando al Esperpento!

MONTE ACONCAGUA

Yo he visto, yo he visto
mi monte Aconcagua.
Me dura para siempre
su loca llamarada
y desde que le vimos
la muerte no nos mata.
Manda la noche grande,
suelta las mañanas,
se esconde en las nubes,
bórrase, acaba...
y sigue pastoreando
detrás de la nubada.

Parado está en el sueño
de su cuerpo y de su alma,
ni sube ni desciende,
de lo absorto no avanza;
su adoración perenne
no se rinde y relaja,
pero nos pastorea
con lomos y llamarada
aunque le corran cuatro
metales las entrañas.
La sombra grave y dulce
rueda como medalla;
ella cae a las puertas,
las mesas y las caras,
los ojos hace amianto,

los dorsos vuelve plata,
conforta, llama, urge,
nos aúpa y abrasa,
Elías, carro ardiendo
¡Monte Aconcagua!

Cebrea los pastales,*
tornea las manzanas,
enmiela los racimos,
enjoroba las parvas,
hace en turno de Jove,
tempestad y bonanzas
cuenta y recuenta hijos
y de contar no acaba...

Le aguardan espinales
a la primer jornada;
después, salvias y boldos
con reveses de plata,
y a más y a más que sube
el pecho se le aclara:
arrebatado Elías,
¡Elohim Aconcagua!

A veces las aldeas
son de su ardor mesadas
y caen desgranándose
en uvas rebanadas.
Mas nunca renegamos
su pecho que nos salva,
parece sueño nuestro,
parece fábula

* *Cebrea*, neologismo de «cebra», probablemente en su acepción de cabra montés.

el que tras de las nubes
su rostro guarda.
¡Elohim abrasado,
viejo Aconcagua!

Yo veo, yo veo,
mi Padre Aconcagua
de nuestro claro arcángel
desciende toda gracia.
Ya se oyen sus cascadas,
por las espumas blancas
la madre mía baja
y después se va yendo
por faldas y quebradas.
¡Demiurgo que nos haces,
viejo Aconcagua!

Di su nombre, dilo a voces
para que te ensanche el pecho
y te labre la garganta
y se te baje a los sueños.
Aconcagua «padre de aguas»,
Aconcagua, duro gesto,
besado del Dios eterno
y del arrebol postrero.
Algo ha en tus manos, algo
que invoca por tus dos pueblos.
«Paz para los hombres, paz»,
bendición para el pequeño
que está naciendo, dulzura
para el que muere...

MANCHA DE TRÉBOL

Un silbo del Aconcagua
me alcanza y lleva de nuevo.
Hay un alto trebolar
con tactos de terciopelo
en donde me espera, rota,
y parada como en cerco
la ronda que comenzamos
entre la tierra y el cielo.

Si voy, entro y doy la mano,
se pone a girar de nuevo;
pero aquél que la voceaba
voz ya no da, que está yerto. *

* *El presidente Aguirre.* Referencia al presidente de Chile don Pedro Aguirre Cerda.

VALLE DE CHILE

Al lindo Valle de Chile
se le conjuga en dos tiempos:
él es heroico y es dulce,
tal y como el viejo Homero;
él nunca muerde con soles
rojos ni con largos hielos,
él se apellida templanza,
verdor y brazos abiertos.

Para repasarlo, yo
que lo dejé, siempre vuelvo
a besarlo sobre el lago
mayor y el oscuro pecho
y me echa un vaho de vida
el respiro de sus huertos.

El da mieles a la palma,
funde su damasco denso
y le inventa doce tribus
al canon del duraznero
y al manzanar aureola
de un pudor de aroma lento.

Y las pardas uvas vuelve
lapizlázuli, oros viejos,
tú, larga Gea chilena,
contra-Canidia, ojos buenos,
consumada al tercer día,
prefigurada en los Cielos.

JARDINES

—Mama, tienes la porfía
de esquivar todas las casas
y de entrarte por las huertas
a hurgar como una hortelana.
¿No sabes tú que tienen dueño
y te pondrá mala cara?
A huertos ajenos entras
«como Pedro por su casa». *

—A unos enseñé a leer,
otros son mis ahijados
y todos por estos pastos
vivimos como hermanados,
y las santiaguinas sólo
me ven escandalizadas
y gritan —«¡Válgame Dios!»
o me echan perros de caza.
Pero pasaré de noche
por no verlas ni turbarlas.
¡Qué buenos que son los pobres
para ofrecer sopa y casa!

* *Cómo Pedro por su casa.* Equivalente a con total confianza, conocimiento y seguridad.

FLORES

—No te entiendo, mama, eso
de ir esquivando las casas
y buscando con los ojos
los pastos o las mollacas. *
¿Nunca tuviste jardín
que como de largo pasas?

—Acuérdate, me crié
con más cerros y montañas
que con rosas y claveles
y sus luces y sus sombras
aun me caen a la cara.
Los cerros cuentan historias
y las casas poco o nada.

—Y a mí que me gusta tanto
pegarme a cercos de casas
y traerte por cariño
rosas y lilas robadas...

—No es que deteste las flores
es que me ahogan las casas.
Oye tú, cuando las hacen
desperdician las montañas,

* *Mollacas*, arbusto común en Chile, con extremos volubles, flores blancas y frutos comestibles.

apenas si ellos las miran
como si fueran madrastras.

—Claro, tuviste el antojo
de volver así, en fantasma
para que no te siguiesen
las gentes alborotadas,
pasas, pasas las ciudades,
corriendo como azorada,
y cuando tienes diez cerros,
paras, ríes, dices, cantas.

—Tapa tu boca, que tú
no les pones mala cara
y gritas cuando los Andes
con veinte crestas doradas
y rojas, hacen señales
como madres que llamaran.
Yo te gano la porfía,
indito cara taimada.
¿Cómo vas a convencer
a la criada en sus faldas
y guardada de sus sombras
y de ellas catequizada?
Me duermo a veces mirándolas,
tomada, hundida en sus faldas.
Y con entregarme a ellas
mis penas se vuelven nada.
Ya no soy, sólo son ellas
y lo que manan: su gracia.

—¿Qué es lo que tú llamas gracia,
pobrecita que no llevas
sobre ti cosa que te valga?

—La gracia es cosa tan fina
y tan dulce y tan callada
que los que la llevan no
pueden nunca declararla,
porque ellos mismos no saben
que va en su voz o en su marcha
o que está en un no sé qué
de aire, de voz o mirada..
Yo no la alcancé, chiquito,
pero la vi de pasada
en el mirar de los niños,
de viejo o mujer doblada
sobre su faena o en
el gesto de una montaña.
Bien que me hubiese quedado
sirviéndola embelesada,
pero fue mi enemigo
la raya blanqui-dorada
de una ruta de un río y más
y más un mar de palabra.

—No te entiendo ¿por qué tú
siempre andas pensando
para mí en una parada,
en hoyos de aburrimiento
de una casa y otra casa...?

—Es que, como el pecador,
amo y destesto las casas:
me las quiero de rendida,
las detesto de quedada.

—¿Y cuándo voy a parar
yo, mama, si tú no paras?

—No te podría dejar
en la tierra ajena y rasa,
sin un techo que te libre
de viento, lluvia y nevadas.
¿Cómo volvería yo
a mis huertos y a mi Patria,
a mi descanso, a mi término,
al ruedo ancho de mis muertos
y a la eternidad ganada,
dejándote a media Ruta
como las almas penadas?

Cuando empezamos a andar
*tú no tenías «compaña» **
ni para la noche ciega
ni las rutas escarchadas.
Ya miraste, ya aprendiste
cómo se siembra y se planta,
cómo se riega el durazno
y la sequía se mata,
y se ahuyenta la peste
hasta que la peste acaba.

Cuando mañana despiertes
no hallarás a la que hallabas
y habrá una tierra extendida,
grande y muda como el alma.
Apréndete el oficio nuevo y eterno.
Pide tierra para ti, cóbrala.
Es la tierra en la que yo
tu pobre mama fantasma
fue feliz como los pájaros.

** Compaña*, arcaísmo dialectal por «compañía».

—¿Te me vas, di? Sí, ya vas yéndote.

—Porque ya me estoy cansando
de ver y contar montañas,
me voy a entrar por la puerta
sin llaves y sin murallas.
Déjame, déjame entrar,
nadie se allega a fantasmas.
Aunque alinden La Serena
y se la aúpen a Corte
con Czar y torres doradas,
lo mejor siempre serán
sus huertas embalsamadas,
su oración crepuscular
y el canto de sus campanas.

—Yo te sigo, la mama, aúpame,
que voy a pata pelada. *

—Salta las cercas, no temas,
esa huertera no es mala.
Por allá azulean uvas
y aquí las flores casi hablan.
¡Eh! ¿te llenas los bolsillos?

—¿Y qué te creías, mama?

—¡Qué saqueo estás haciendo!
¡Uvas negras y rosadas!

* *Pata pelada.* Popular por «descalzo».

—Y tú no me ayudas, no;
y estás como embelesada.

—Sí también estoy cogiendo,
pero no cosa vedada.
Son gajos de flores rústicas
que tú me escoges trocadas,
porque no sabes de flores
y disparatas al mentarlas.
Sigamos andando digo,
te las miento y doy cortadas.
¿Ves? Te pesan los racimos.
Las mías no pesan nada.
Este manojo, oyeló,
es no más gajo de salvia.
¿Cómo que no la conoces
si como tú, es campechana?
Ella crece, cunde, medra,
como cosa de nonada.
Tú la has visto en cualquier huerta,
pero no es aseñorada
y medra hasta en los potreros
echando flor azulada.
Mírala, abájate, huele.
Ya, ya. No vas a olvidarla.

—Mama, tú hablas de las matas
*como si fueran «cristianas» *.*
¿Cómo te acuerdas del nombre
y del olor te atarantas?

—Calla y miéntala una vez,
dos veces, tres, ya, ya basta.
Ahora, ahora esta otra...

* *Cristianas*, equivalente a personas humanas.

—Oye, yo me sé los pájaros,
me los hallo porque... cantan.
No te digo lo demás,
porque de todo te espantas.

—¿Que tú los coges, es eso?

—Ahora ya no digo nada.

—Ya entendí ¡qué cara fea!
Eso me cuentas mañana.
Ahora estoy dándote a oler
este romero de España,
al que llaman de Castilla.

—La mama se lo tenía,
pero ya me lo olvidaba.
¿Es que tú tenías huerta?
De eso no me has dicho nada.

—Te escapas, sacas el cuerpo,
pero soy, has de saber,
una fantasma porfiada.
Y este otro gajo cogido
es de toronjil, ya basta.
Pero si hemos de seguir
así con las manos dadas,
yo me tengo de mentarte
lo que nunca te mentaron.
Es muy lindo bautizar
las criaturas amadas

—Mama, dices «criaturas»,
pero estos pastos son nada.

—Ahora te pongo a dormir
tu siesta. Tiéndete y calla.
A lo mejor te dan lindo
sueño las tres agraciadas.
Estás amurrado, sabes
duerme, duerme, te hago «nana».

—Las flores de Chile son
tantas, tantas, mi chiquillo,
que si te las voy mentando
te azoran y te atarantan.
Te voy a contar de algunas.
Párame si es que te cansas.
Unas serán las «catrinas»,
otras, campesinas rasas.

Ya sabes que no me sé
mucho a las «aseñoradas»
que no quieren doncelear
de las campesinas rasas
y les ponen el mal gesto
que les dan a sus cabañas.

Voy a decirte lo que
con la pobre menta pasa,
también con la hierbabuena
e igual con la mejorana.

—¿Qué les pasa, mama, di?

—Que ellas huelen todo el año
y las rosas una semana,
y tanto que pavonean
de su garbo y de su gracia...

Por estos lados prosperan
ésas que mientan SUSANAS
y no es más que la merita
manzanilla oji-dorada,
un sol pequeñito, una
que no presume de nada.
Desde que hacemos camino
parando en huertas o casas,
nos sale al paso y saluda
así con la frente alzada,
y aunque son tantas las rosas
amarillas y rosadas,
la paisanita y la blanca,
más duran menta y romero.

Aquí donde cabecean
las que auguran bodas o nada,
vale la pena parar
por estas oji-doradas
aunque ellas están rendidas
y hartas de ser consultadas.
Porque de novias de veinte,
ansiosas y atarantadas,
siempre le están preguntando
«si el novio cumple o si nada».

Cuando ya te llegue el tiempo
de noviazgos y jaranas,
andarás también buscándolas
con la codicia en la cara:
«Me quiere», «me quiere mucho»
o «poquito» o «casi nada».
Y las manzanillas van
a responder en voz baja:
«mucho», siempre, hoy y mañana.
Y la rosa va a decir:
«mucho» y sólo una semana.

—De noviazgos, no sé nada...

—¡Qué pena, Mío, no verte
con novia encocorocada,
la iglesia hirviendo de luces
y la aldea de campanas.

—Cuando hablas así de loca,
mama mía, me atarantas.
Mejor te callas y tomas
las manzanillas cortadas.

—Gracias, sí, mi niño, pero
no me gustan de cortadas.
Se doblan sus cabecitas
y en poco, no valen nada.
Pero los grandes ni tú
entienden la salvajada
y despojan a la Ruta
que les echa una mirada
dura que los va siguiendo
como insistente palabra.

—Mama ¿ves como eres loca?
Ni quieres verte enflorada.
Pero yo te quiero mirar
tan feliz como unas Pascuas
y quiero oirte cantar
en vez de decir palabras
que te oigo y no te entiendo
y que son como quedadas...
Canta el viento de tu nombre,
llámalo según lo llamas,
porque sólo cuando cantas
se nos aviva la marcha.

—Cuando me pongo a cantar
y no canto recordando,
sino que canto así, vuelta
tan sólo a lo venidero,
yo veo los montes míos
y respiro su ancho viento.
Cuando es que el camino va
lleno de niños parleros
que pasan tarareando
lo más viejo y lo más nuevo,
con semblantes y con voces
que los dicen placenteros,
yo veo una tierra donde
tienen huerto los huerteros.
Y cuando paro en umbrales
de casas y oigo y entiendo
que Juan Labrador ya se labra
huerto suyo y duradero,
a la garganta me vienen
ganas de echarme a cantar
tu canto y lo voy siguiendo.

Parece que hasta la Tierra
que llaman «bruta» los lerdos
se puso a hablar cuando vio
el reparto de mil huertos.
Cantaba y yo me lo oí
y canté días enteros
y canté junto con ellos
y el silbo de cuatro vientos:
Viento Sur y Viento Norte
con el Este y el Oeste.
¡No hubo día entre los días
tan dorado y tan ferviente!

Cuando ya cae la noche
y me está llamando el sueño,

y alguna puerta se me abre
que es la de Juan Cosechero,
digo: Yo bien duermo aqui,
porque me va a dar buen sueño.

Cuando es tiempo del maiz
granado y el trigo tierno
y siento cortar mazorcas
que caen como entendimiento,
con mi cuerpo de mentira
donde se sientan me siento.
No me duele el que no vean
en cuerpo a la que es de sueño
que se hace y se deshace
y es y no es al mismo tiempo.
Lo que importa es que los miro,
que los palpo y me los tengo
felices como en los cuentos.

Me gustan los ademanes
y los gestos de mi gente,
el bien volear el trigo
y el abajar el ciruelo,
el regodear la frutilla
y cogérsela con tiento.
Me duelen las podas duras
del parrón que vi pequeño,
el oir caer el trigo
recto y con un tarareo.
Pero lo que más me gusta
es ver subir los renuevos.
Parece que son llamados
y que van apareciendo:
un dedito, diez y ciento
y el uno mirando al otro
y todo el árbol contento;

y Primaveras y Otoños
de manos de Dios saliendo
y poquito a poco, todas
*las ramas secas «volviendo» **
y gesteando azoradas
de que la Muerte fue cuento.

Con los brotes asomados
están ojeándose y viéndose
sin costumbre y con sorpresa
que todo vuelve de nuevo
y con unas timideces
de niños con traje nuevo.
Los dos mil duraznos pálidos
y los doscientos ciruelos,
*y las vejanconas ** parras*
bajito se cuchichean
y corre de mata a mata
el chisme y sigue corriendo.
Y el que los puso a dormir
les va apurando el suceso
y cada día amanece
más donoso el viejo huerto.
Pasa toditos los años
y siempre parece cuento
que el huerto vive su muerte
y no le cuesta el morir
y tampoco el devolverse.

No comer fruta pintona
por puro atarantamiento.
Unas semanitas más
y todo llega devuelto

* *Volviendo*, por «reviviendo».
** *Vejanconas*, aumentativo poco usado de «viejas».

color, aroma, sabores,
gritería y canasteo.

* * *

—Esas muchachas que buscan
flores, no las cogen, Mama.
¿Qué les pasa que no ven
la retamilla y la malva,
*la topa-topa * y la albahaca,*
*el huilli **, varilla brava?*

Sabes, por ser hierbas locas
ellas las mientan cizañas.
Oye: por donde pasamos
se da la flor de la araña,
también el amancai,
y aquellas «varillas bravas».
No cortan, siguen de largo,
como si viesen nonada.
Dijiste tú que reparten
a los pobres tierra dada.
Cuando me la den a mi,
verás que pongo turnadas
la lenteja con el pilpu.

—Yo no sabía, chiquito,
que las flores te importaban.
Gentes hay que ni las ven
y pasan como que nada.

* *Topa-topa*, nombre mapuche de varias especies del género Celceolaria. Planta con flores amarillas vistosas que crecen en los terrenos arenosos de las laderas de los cerros.
** *Huilli*, nombre mapuche de una planta con bulbo carnoso y flores blanco-azulinas que aparecen en el invierno; abundan en el Norte y Centro de Chile.

Son los tontos, pero acuérdate
de cuando pasa una oleada
de menta o huele-de-noche
o de la varilla brava.

—Esas, bah, salen solitas
¡nadie las riega ni planta!

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

ALAMEDAS

Las alamedas nos siguen
y nos llevan sin saberlo
por su abierta vaina verde
que canta de su aleteo
y ríe y ríe feliz
con risa que es regodeo,
con sus troncos extasiados
y sus brazos en voleo...

La lenta y desenrollada
nos lleva, de magia adentro,
como el Rafael arcángel
en un inefable arreo,
y la marcha nos festeja
a risa y cascabeleo.

¿A dónde será que llevan
para que así las crucemos
como un corredor de gracia
que muda la marcha en vuelo?

LUZ DE CHILE

¿Qué tendrán las piedras pardas
y los pedriscos y el légamo
que al más cascado lo llevan
alácrito de ardimiento?
Es como que el Valle hace
de camino y de viajero
y nos lleva liberados
de jornada y de aceceo.

La luz viva travesea
a donaire y devaneo
y da mirada de amante
rica de descubrimientos.
Prendidos a lo que amamos
vistas ni aromas perdemos
y por la luz que tuvimos
de muertos seguimos viendo.

Hermana loca la Ruta,
Madre Luz y Padre el Viento,
y tu Norte aventurero
no me faltéis que voy sola
con un huemul y un pergenio.

Lleva un lindo trotecito
el ciervo en Abel contento

y el Valle se nos anima
de sus locos corcoveos.

Por fin la sonrisa sube
al indio en corto chispeo
y a los tres ya no les pesa
el mundo que recibieron.

La luz del Valle Central
es la que nos da ardimiento,
hace ver el maizal
en muchachada que danza
y las melgas de frijoles
son un baile de muchachas.

Ella muda el nisperal
en cargazón de luceros;
de la higuera hace matrona
inmóvil por regadora;
de cada piedra hace otra
que es Reina y camina...

MANZANOS

La manzana como niña
se columpia en lo escondido
y su olor, de dulce y manso,
no arrebata los sentidos.
Huele a gracia y a bondad
cual la menta y el tomillo.
De lo dulce que comienza
para en mejilla de niño,
y juran los forasteros
que ella es lo mejor que hubimos.

Nos retiene todavía
el manzanar alto y fino,
será que se da con gusto
al que lo abaja sin ruido
y no le rompe la rama
ni lo agita y ataranta,
porque defiende los nidos.

—¿Sabes tú? Los extranjeros
nos disputan lo que hubimos
pero cubren de alabanzas
la manzana que les dimos.
Plántalas en cuanto crezcas,
no estarás arrepentido.

—Mama, repite otra vez
aquello, aquello que has dicho,

que vamos a tener todos
sí, sí, huerta... o huertecillo.
Pero tanto tiempo dicen
eso mismo y no ha venido.

—Cree ahora a quien lo dice.
la huerta viene en camino.

—¿Camino?

—Sí, ya se acerca.
Está llegando, mi niño.

SALVIA

Vamos pasando un campillo
como bañado de gracia,
apretando sobre el pecho
como a tórtolas robadas,
el hálito de la menta
el ojo azul de la salvia,
el trascender del romero
y el pudor de la albahaca.
Corto con la mano de aire,
corto como desvariada
y, voleando el manojo,
les miento sus cuatro patrias;
la Castilla y la Vasconia,
la Provenza y la Campania.

Llegué al punto de su flor
y sus bodas azuladas.
Toda hierba amé, pero ésta
siempre fue mi ahijada.
Lento el hálito, ojos dulces
y este fervor que las alza.
Aquí estoy mirando cuatro
bultitos de encuclilladas,
tan atentas con sus dulces
cuellos de niñas alzadas.

Matas de azul no engreídas,
en su hálito balanceadas,

así apresurando azules
y volando aligeradas.

Esta siesta se la doy
y ellas me la dan sobrada.
Aunque les vuelvo sin bulto,
mera señal, bizca fábula.
¡Qué bien que estamos así
por el encuentro arrobadas!
Sobran la ruta y las gentes
y el tiempo que antes volaba.

MANZANILLAS

Ellas cogen, cogen, cogen,
sin manos las manzanillas,
y son no más que juguetes
del aire, o no más que niñas.

Apenas dejan detrás
al viejo con lagrimeo,
apenas van don Invierno
a meterse en su agujero,
haciendo «las que son nada»
ni van a ser en el huerto,
se están viniendo, se vienen
y apuntan como en secreto.

Tan negra, tan fea y muda
que Mama-Tierra parece
y de donde irán subiendo
las que de pronto aparecen.
Ay, les torcimos el nombre
y ni llamadas se vienen.
Y cuelli-alzadas y atentas,
ya no miran ni se vuelven.
Cuando pasamos mentándolas
apenas si se estremecen.

Margaritas, margaritas,
no aquellas otras que huelen

y viven sólo en jardines
como quien todo merece.
Esas son las tuberosas
y son si acaso son parientes.
Las margaritas son estas
cuyas cabecitas juegan
como al irse y al volverse,
porque el aire que las tiene
no deja, no, que sosieguen.

—Pero ¿por qué, por qué, di,
toman su nombre las gentes?

—Las gentes, esas se nombran
así, así, por parecérseles.

—Mira, mío, qué ocurrencia
eso de hacerlas mujeres,
con nosotras nunca el aire,
ay, ay, así juguetea.

—Todos las cortan ¿por qué
tu niño no ha de cogerlas?

—Yo no he visto que las gentes
las pongan nunca en macetas.

—Déjalas. Bien basta que
Dios las siembre y las florezca.
Tanto le gustan a El
que en todas partes las siembra,
como un loco, Tata Dios
en el aire las volea.

—Si te paras, si paramos,
algún día, alguno, ¡ea!
las vamos a sembrar, mama,
al lado y lado en la huerta.

—No sembramos los fantasmas.

—¡Ah, de veras, pobrecita!
¿Lloras por eso? ¿Es que lloras?

—Sí, porque quise la Tierra
y no sembré...

LA RUTA

¡Qué hermosa corre la ruta
de Rapel al río Laja
antes de que lluvia o nieblas
la pongan bizca o cegada!
Sin brazo alzado conduce
como nos lleva nuestra alma,
y va recta a su destino
si los Andes no la atajan
o le tuercen la aventura
como al amante y la amada.

Y esta ruta no va, no,
desnuda ni solitaria:
va asistida de poleos,
de hierbabuena y de salvias,
adulada de alamedas
o silabeada de cañas.

Por que de rasa y lampiña
no haya tedio la cuitada,*
y por que la vagabunda
no pare en desesperada,
sigue, sigue, sin relajo,
como loca o embriagada.
¡Qué obsesión y voluntad

* *Haya* en la acepción arcaica de «tenga».

la cogió, la lleva y manda
para que no la detengan
la tormenta, la nevada,
el torrente, la pedrera
y el rodado que la alcanza...

Va zurcida de charoles
como la carne estropeada
y, a trechos, suelta unos visos
como de anguila empapada.
Por fin a la noche llega
libre de tropa y muladas
y la restaura el rocío
de la ancha noche estrellada.

Todos los colores caen
a la sierva y la humillada;
ella asusta en los ponientes
lamida de cobre en llamas
y en noches de luna embruja
cual Sulamita azulada.
Pero es más la Mujer-Ruta
en sus estameñas pardas,
nieta de Tahuantinsuyo
sin facciones, voz ni nada,
Mama Ocllo cargadora,
toda silencio y espaldas,
sin contar cuánto se sabe
por más que sepa mil fábulas.
¡Lleva, lleva y aunque arribe
nunca duerme en las posadas
y del amor que la lleva
será que corre embriagada!

Tan fiel que lleva, por más
que mude nombres y caras,

desde lo llano a lo pino,
voluble de alucinada
y en loco garabateo
de conflictos y de alianzas.

Los que marchan van alertas
como van las vivas aguas...
que la cuesta que el atajo,
que la gran piedra rodada,
que el tronco de laurel roto,
que el granizo, que la escarcha...
Húmeda, enjuta, callada,
recogiendo va las huellas
nuestras, como hijas amadas,
y sin fatiga ni tedio
las recuenta en las paradas:
madre nuestra en lo paciente,
lo fiel y lo resignada.

Días y días conduce
sin voluntad, como el llama,
y de repente la odiamos
por lo morosa o la larga,
y cuando ya nos rendimos
tomará nuestra jornada
pues de pronto no la vemos
ni oímos más nuestras plantas
y empieza un andar dormido
de Eternidades bienhadada,
y mujer, y bestia y niño,
como del viento llevados,
bruscamente despertamos
en una aldea impensada
o en unas huertas que huelen
a vendimia consumada.

A ratos, la Ruta chilla
por el carro de manzanas,
o el tractor que va gimiendo
de maderas embalsamadas;
y la ofenden la tropilla
y el mayoral que la canta.

El mayoral de los Andes
nos mira empinado el ceño
—blanca el ansia, blanco el logro
y los escondidos fuegos.
Con alburas paternea
y nos aguza el deseo
y sin brazos nos sostiene
como los dioses sin cuerpo.

*Están haciendo el curanto **
mujeres encuclilladas
y lo hacen para alegría
y perdición, los cuitados
y las cuitadas que silban
y ríen enajenadas.

Todavía quien se acuerda
da con mano rebosada,
lo mismo si el hambre es Angel
que si es gente perdularia.
En donde no son ciudades
pasa tal como pasaba:
que dos miradas se cruzan,
piden y dan sin palabras
y una cena de patriarca
llega como fabulada...

* *Curanto*, guiso de mariscos, carnes y legumbres, cocidas sobre piedras calientes. Se prepara especialmente en Chiloé, en el Sur de Chile.

A pesar de tiempos duros
y Padrenuestros que fallan,
hacienda o rancho responden
al grito o a las palmadas.
¡Bendito el Dios que está vivo
y abaja tranqueras altas
y la cara del disco de oro
que acude como llamada
trayendo la taza humeante
que a los hambrientos alarga!

Danos un respiro, tú,
*Ruta-chasqui * sin paradas,*
oye que en el viento viene
un rasgueo de guitarras,
y mujeres que las tañen
entre ardientes y quedadas.
¡Lo mismo te da aguardar
que llevarnos apurada!

Suelta, Ruta, la tropilla,
que por fin se ve una granja
en donde están ordeñando
a gemelas rebosadas.
El señor que caminó
probaría estas jornadas
y tuvo sed y pedía
para toda su compaña.
Mira que el campo será
de Abraham, si nadie ataja...

La mi bestiecita hambrienta
éntrese por las cebadas,

* *Ruta-chasqui.* Correo de los Incas, andarín.

porque vamos a pedir
a la dueña de vacadas
como quien cobra en el flanco
materno, leches sobradas.

Allégate, el indiecillo,
coge por ti y la compaña...
Hambre que tienes no dices
y siempre hay que adivinártela.
Pide, que el indio no niega,
tampoco los «caras-pálidas» *

Come lento, bebe lento,
que por las veinte semanas
no sabemos cortar pan
ni beber espumas altas;
y entre un sorbo y otro sorbo,
mira a la mujer callada,
que en el temblor es María
y en lo preferida, Sara,
y ve los brazos ligeros
que siegan, al sol que abrasa,
mientras yo mascullo algo
parecido a acción de gracias.

* «*Caras pálidas*». Apodo que los indios dan a los conquistadores españoles.

CORDILLERA

I

Este día ya no digas
más, que me la sigo viendo
y se me van a quedar
en los ojos veinte cerros.
¡Es la Patrona Blanca
que da el temor y el denuedo!

—¿Por qué no se acuesta nunca
y no se baja? No entiendo.
Yo jugaría con ella,
con susto, pero riendo;
mas ella está encocorada
y nunca, nunca baja a vernos.
La grito por si responde
y apenas contesta el eco.
¿Y siempre va a estar así,
mama? ¿Por qué estás riendo?

—Porque a la vez, tú la quieres
y a la vez, le tienes miedo.
Dicen que el cordillerano
mamó leche de dos pechos,
el uno blando y florido,
el otro taimado y recio.
La madraza de ojos fijos
sólo les copiaba el gesto,
y el vendimiador contento
y el fatigado minero,

rostro dichoso tenían
contando en hijos sus cerros,
y yo bien me la tenía
en las veras y en los sueños.

—Mama, pero eso que no habla
¿cómo es que algo te decía?

—No eran palabras, con gestos
iba diciendo y diciendo...

—¡Qué cara pones, la mama,
y lloras y no es de miedo!
Y ahora a causa de ti
siempre voy a estarme viendo
lo mismo que tú, y a urdir
con ella veras y cuentos...

Aunque queremos la Ruta
varia, ardiente y novelera,
y al mar buscamos oír
el duro grito y la endecha,
pasa siempre que volvemos
el rostro a la Madre cierta.
Cuando decae la marcha
y la garganta jadea
y nos miramos, tú, Ciervo,
y yo, la apunta-senderos,
cae la vista rendida,
sin buscarlo, sin saberlo,
sobre aquella Dama Blanca
que mira y mira sin gestos,
y la divina y la fiel,
puro amor y seguimiento,

la mirada nos devuelve,
como amando y entendiendo.

—¿A ti te ha querido, a ti,
que me pones ese gesto?

—Tal vez. Eso parece
un sí y un no al mismo tiempo.

II

Andando va con nosotros
como un sueño verdadero,
casi tocando el costado
la dueña de nuestros cuerpos,
como una sola alma fiel
y con semblantes diversos.

Mirando recta hacia el niño,
haciendo señas al Ciervo,
y cerrándoseme a mí
en un nudo que le entiendo,
mi cordillera camina
con sus carnes y sus huesos.

Centaura y costumbre nuestra,
divina bestia sin tiempo,
aupada por el Espíritu
y abajada por los miembros,
así, entre Dios y nosotros,
*existe en Pillán de fuego *.*

* ***Pillán.*** Uno de los dioses de los indígenas.

Cada uno de nosotros
la va ignorando y sabiendo;
le va hablando con la marcha
y con el entendimiento,
punzados y enardecidos
de su llameante arponeo.

Sin abajarse nos cubre,
lúcidos vuelve a los ciegos,
y en el tumbo de la sangre
nos amartillea el pecho:
alto yunque que nos hace
medio Arcángel, medio Hefesto.
Y así nos labra y nos urge
a filo de piedra y hielo.

Enderezados los tres
o sin alzar nuestros cuellos,
lo mismo la habemos como
al Dios de tactos inmensos:
la desvariamos dormidos
y la sabemos despiertos.

Su vertical nos retiene
o nos suben sus faldeos
que los tres le repechamos
en Pasión o regodeo.
Nunca la alcanzamos, pero
en el soñar la tenemos.

Vamos unidos los tres
y es que juntos la entendemos
por el empellón de sangre
que va de los dos al Ciervo

y la lanzada de amor que
nos devuelve, entendiendo,
cuando los tres somos uno
por amor o por misterio.

LA MALVA FINA

En la huerta de Mercedes,
que da su olor desde lejos,
lo que su dueña más quiere
y mima es la «malva fina».
No la ves sino abajándote,
es persona escabullida,
¡para que se ha de mostrar
si a tres pasos se adivina,
y la brisa más delgada
su nombre susurra y mima
y su aliento dice y dice
«malva fina», «malva fina»!

—Ya, ya, pero si la cojo,
también tú por ella gritas.

—Tómala, pero en poquito.
A ella la hicieron esquiva
y cuando la manosean,
se duele como una niña.

—¡Un solo gajito, uno!

—¡Cómo huele la bendita!

—¿Por qué, mama, tú no tienes
ni un jardín, ni una matita

y eres errante y caminas,
así, con manos vacías?

*—Menos averigua Dios **
que me crió peregrina.
No vas a olvidar andando
esta parada, esta cita
que tuviste en el camino
con yuyos y malvas finas.
Cuando sea que sosiegues,
cansado de polvo y vía,
y de esta mujer-fantasma
que se venía y se iba,
van a llegarte oleadas
de juncos y malva fina.
Yo sólo vendré si acaso
me cuentan que aún caminas,
porque como no me dejan
colarme por las «másias»,
sólo volverás a verme
si con un grito me obligas.
¡Yo estaré a tu lado como
la perdiz que en casas crían
y, aunque ni me oigas ni veas,
oye que bajo a la cita!

—¡Qué cosas dices, qué cosas!

—¡Ay, es cierto, y te vas yendo
y sigues y sigues, sí,
ya... apenas si te veo!
¡...Pero te vas alejando,

* El refrán dice: «Menos averigua Dios y perdona».

ay, mama, te vas perdiendo!
Un poquito todavía...

Ibas conmigo, sí, ibas
y yo sólo te seguía.
Será cierto que no eras como la gente decía.
Ya no te veo, ya va
tragándote la neblina,
tal como se fue la mama.
Devuélvete, no me dejes.

Nada quedó, niebla indina
y unas mujeres que gritan:
¡Era cierto, sí, era cierto!
Y me van llevando ahora
y gritan que yo las siga.
Pero, ¿por dónde ella va?
Y si no es, ¿por qué camina?

Me llevan para sus casas
oscuras como las minas
y no la voy a ver más,
¡igual que la madre mía!
¿O era ella? —Sí, era ella,
gritan éstas. —¡Qué mentira!

RAICES

Estoy metida en la noche
de estas raíces amargas,
ciegas, iguales y en pie
que como ciegas, son hermanas.

Sueñan, sueñan, hacen el sueño
y a la copa mandan la fábula.
Oyen los vientos, oyen los pinos
y no suben a saber nada.

Los pinos tienen su nombre
y sus siervas no descansan,
y por eso pasa mi mano
con piedad por sus espaldas.

Apretadas y revueltas,
las raíce alimañas
me miran con unos ojos
de peces que no se cansan;
preocupada estoy con ellas
que, silenciosas, me abrazan.

Abajo son los silencios.
En las copas son las fábulas.
Del sol fueron heridas
y bajaron a esta patria.

No sé quién las haya herido
que al rozarlas doy con llagas.

Quiero aprender lo que oyen
para estar tan arrobadas.
Paso entre ellas y mis mejillas
se manchan de tierra mojada.

PERDIZ

—Oye, ¿qué gime o qué llora?
Dime, dime, ¿qué le pasa?
Corre adentro del trigal
pero a trechos se descansa.
Es más grandota que pájaro
y lleva crías. ¿Es mama?

—A esas que corren las mientan
la Keu y la «Copeteada»
y andan desde el viejo tiempo
de poetas alabadas.
¡Y tú te ibas, como loco,
a coger a la cuitada!
Mírala, ella va corriendo
para cubrir su pollada.

—Mama, ve, no es para tanto,
le tocó ser gorda y parda.

—La hubo también y la hay
rojiza y aleonada.
Yo me quiero a la nortina
copetuda y agraciada.

—Mira qué gracia le da
lo de estar toda jaspeada.

Ya no se ve, siempre, siempre,
ha de pasar que me llamas
en el momentito mismo
de darle la manotada.
¡Cada bicho me lo asustas
y yo regreso sin nada!

—¡Ay, tienes tiempo sobrado
para hacer la villanada!
Los hombres se sienten más
hombres cuando van de caza.
Yo, chiquito, soy mujer:
un absurdo que ama y ama,
algo que alaba y no mata,
tampoco hace cosas grandes
de ésas que llaman «hazañas».

—Es que tú no eres «de veras»,
y andas... sí, como trocada.
Repíteme el nombre de ésa.

—Tiene varios. Keu la llaman.
Keu, Keu, allá en Atacama,
tuya i mía. Di: «Keu, Keu».
¡Tiene no sé qué de gracia!
En cuanto suben los trigos
y el maíz bate su caña,
un rumorcillo va y viene
que nos vuelve y que nos para
y nos persigue la vista
y a los tres nos ataranta.

Es doña Perdiz que busca
como comadre azorada,

porque, ¡oye! la ambiciosa
tiene el nido y la pollada.
Vuela y corre, para y sigue
de tres crios azorada.
Y menos vuela que corre,
porque ella nació pesada.
Corre y vuela con el pico
lleno de trigo y de granza.

—Mama ¡pero qué mal vuela!
¡casi la cogemos, mama!
Con que corramos ligero
le atrapamos la nidada.

—Pero vuelan, si, también,
por la estación azoradas
las grandes señoras que
llaman apenas «torcazas»
y que son gruesas y hermosas
como las mejores damas.
¡Qué bien comidas parecen,
qué cortitas, pero qué anchas,
con nutridas plumazones
como de manos pintadas!
Ellas a la vez parecen
señoronas y aniñadas...
Un gritito corto nos
denuncia a las azoradas
y corren y medio vuelan
a la vez torpes y rápidas.
¡Qué vocecilla que tienen
estas señoras pintadas!
No te pongas a correrlas,
porque a la madre atarantas.
Ya basta con que el hambriento
las rastree hasta encontrarlas.

Ya corre, ya te despista,
ya se pierde, ya está salva.

Oyeles el tierno pío
que es mitad queja y llamada.
¡Cómo podremos tumbar
niña tan llena de gracia!

Se ve su «postura» con
cuatro huevecillos: ¡nada!
¡Qué está cayendo la tarde
y vuelven a la nidada!
Una quisiera tenerme
sobre el pecho o en las faldas,
pero si me las atrapo
¡qué vergüenza de la hazaña!
Chiquito, esa es la tórtola,
siempre corriendo apurada
por los «malhoras» que pasan
con diez hambres atrasadas.
Mejor fuera, si las cogen,
llevarlas a nuestras casas,
casi, casi, casi mansas.

—Mama, parece que lloran.

—Cállate que se atarantan.
Unas medran en la puna
y otras viven en las playas.
Yo creo que son los trigos
los que las cubren y amparan.
¡Ay, ay! me dan tal mirada
que apenas las he cogido
me las suelto avergonzada...

—Te pones tonta tú, dámelas.
¿No ves que cuesta atraparlas?

—¡Ah! ¿también tú? Sí, también
te aficionas a la «hazaña»
de matar cuanto te encuentras
por cerros y por llanadas.

—Pero si todos los niños,
toditos, te digo, matan.
¿Qué se te ocurre que coman
si está la carne tan cara?

—Ya me sé la cantilena.

—No te vuelvas chocha, mama,
ellas se comen la hierba
como unas desesperadas.

—Deja que maten los otros;
tú, mi chiquito, no lo hagas.

—Como tú no comes nunca
de esto no comprendes nada.
Te hago caso algunas veces
cuando hablas como hablabas,
cuando eras de carne y hueso
y vivías en las casas...
Ahora las gentes dicen
que eres cosa trascordada...

—¡Cómo te echan a perder
las comadres cuando te hablan!
Eres uno caminando
conmigo, la mano dada,
pero en cuanto te me escapas,
te me vuelcas como un jarro
y mudas de rostro y habla.

—Oye, pobrecita, óyeme:
ahora ya sé lo que pasa.
Me han contado las comadres
que tú eras, que tú fuiste,
que tuviste nombre y casa,
y bulto, y país y oficio;
pero ahora eres nonada,
no más que una «aparecida»,
bulto que mientan fantasma,
que no me vale de nada.

—Sí, mi niño, yo sabía
que vendría una mañana
en que tu manita diestra
se soltaría asustada
de palpar y darte cuenta
de que es mano de fantasma...

Yo te vi sobre el desierto
como la liebre extraviada
y bajé, sin más, bajé
como la flecha apuntada.
Los hombres no quieren, no,
ver que marchan con fantasmas,
aunque así van por las rutas
y viven en sus moradas.

Yo te dejo, sin dejarte,
yo habré dos vidas bizarras;
llevaré el color del aire
y del mero aire las hablas.
Te haré cantar a la alondra
porque no escuches la rana;
te enseñaré a deletrear
la callada Vía Láctea,
te haré olvidar en el sueño
a la muerte malhadada.

—Oye, por qué a veces, vos
calláis, mi mama-fantasma,
y parece... sí, parece
que contra alguno porfiaras.
Yo no veo a nadie, pero
es como que a alguien hablaras.
Sin razón de cargar nada,
el andar se te relaja.
Parece que respondieses
y yo no veo a quien hablas.

—Menos te pregunta tu ángel
guardián y te cuida y calla...
¿Y para qué has de saber
el nombre de tu «compaña»?
Muy bien que nos avenimos,
legua a legua, marcha a marcha.
Cuando se muera el camino
como raya cancelada
y llegues tú adonde ibas
te lo sabrás sin palabras.

Vuelva la cara a tu diestra
que hay un árbol de castañas

y puedes encaramarte
y no te va a pasar nada.
Yo de abajo te sostengo
sin más que darte mi espalda.

—¡Pero tú no tienes fuerzas,
mama. No tienes ni espaldas!

CASTAÑAS

—Trepa sin miedo, loquillo.
no precisas de mi espalda.

—¿Quién las tiraría, quién,
y se las dejó olvidadas?

—Será alguno que se hartó
y le quedaron sobradas.
Cógelas, no tengas miedo;
son sabrosas, «come y calla». *
Lo que está sobre la ruta
no se cobra ni se paga.

—¿Y no será que también
lo de la ruta se paga?
Mi madre decía que
en el mundo no se da nada.

—No acertaba, no, la ley
y el aire, y el hilo de agua,
y los cantos de los pájaros,
y el chañar y la «tunada»
todavía son de Dios:
tú no digas bufonadas.

* Popular, en el sentido de «obedece y no repliques».

—A que tú no puedes, no,
ir quebrando las castañas.
Sí, no puedes, porque no eres
mujer, sino que eres «ánima».

—Pero yo no te doy miedo
sino a ratos. Marcha, marcha
y deja la cantilena:
que, al fin ya me dices «mama».

No quebrarlas con tus dientes,
tan lindos con tu «risada».
Coge dos piedras partidas.
Así, así, ve cómo saltan.

MARIPOSAS

En pasando el frío grande
las mariposas han vuelto
y en el aire, amigo, va
un dulce estremecimiento
y las hojas del romero
baten de su ángel sin peso,
un ángel garabateado
como por veras y juego...

Alocadas, desvariadas,
ya cayó muerto el invierno;
ya va huido hacia los sures,
desprestigiado y maltrecho.
Y la Tierra buena moza,
con sus percales devueltos,
está así, como aturdida
de canto y luz y cerezos;
la explosión de los aromos,
el sonreír de los huertos,
y el brazo de las montañas
que celan sin pestañeo.
Y hasta el ciervo atolondrado
de tanto mirto y cerezo,
huele con el belfo en alto
el aire de olores densos.

Y así, polvoso y rendido,
corre por cuatro senderos

y de verle el mismo y otro
yo comprendo y no comprendo.

También tú, niño ganoso,
ya corres ocho senderos
y de ser otro y el mismo,
contigo casi no puedo.
Al fin se suelta tu lengua,
ahora, boca con miedo,
me atarantas a preguntas
y pareces indio nuevo.

Hablen y digan los míos
y canten en locos sueltos.
En todas las estaciones
el cantar aviva el seso
y pone a danzar el alma
como en su día primero.
Yo también, mero fantasma,
estreno unos ojos nuevos...

Gea siempre tiene más
palmas, alerces y cedros;
nosotros disminuimos
con cada soplo y aliento;
ella muda, crea, alumbra,
nosotros anochecemos.
Ella se queda; nosotros
«pasamos como los sueños».
Llegamos un día, al otro
ni «somos ni parecemos».

EL MAITÉN

Donde empiecen humedades
de oscuros suelos de riego
y salte el primer maitén,
la siesta la dormiremos.
Mira el maitén, miraló,
diaguita labios sedientos.
En el verdor él es mozo,
en lo amparador, abuelo.
El entrega su verdor
como cascada en despeño
y en la siesta vale más
que alerce y que piñonero.

Mira el maitén embobado
el hijito del desierto
y la bestezuela mueve
el rabo en caracoleo.

GARZAS

Quiere la gana de algunas
que en mi conflicto de garzas
yo me olvide de la gris
y me quede con la blanca,
pero tengo tentación
de quedar con la agrisada.
Tanto, tanto, tanto vi.
Vendrá mi hastío del blanco
de mis nieves apuradas;
vendrá de que en palomares
mimo siempre a la azulada;
vendrá de que el gris-azul
me acaricia la mirada.
Pero la blanca se tiene
tanta leyenda dorada
tanto la han cantado que
la van volviendo sagrada.
Y ya me cansa de fría,
de perfecta y de alabada.

FRUTAS

El Valle Central está,
como los mostos, ardiendo
de pomar, de duraznales
y brazos de cosecheros
a trabazones de olores,
coloración y fermentos.

Los tendales de la fruta
llaman con verdes sangrientos
y a golpes de olor confiesan
los pomares y el viñedo,
y frutillares postrados
sueltan por el entrevero
un trascender que enternece
por lo sutil y lo denso.

Todo se mueve en un vaho
que nos pone el andar lento
por ver y por aspirar
en lo emboscado o confeso
y atisbar rostros y espaldas
volteados, de cosecheros.

Los troncos parecen vivos
de mozuelos y mozuelas
que trepan y que despojan
a saltos y a lagarteos.

Y los cestos van y vienen
con el peso y el arqueo
del vientre de nuestras madres
y son maravillamientos
la piel del albaricoque,
la pera, la piña al viento.

Lindas que pasan las granjas,
trascendedores los huertos;
pero nosotros no somos
ni señores ni pecheros
y nos vamos adentrando,
a maña y a manoteo,
en busca de hierbas locas,
altamisas y poleos,
en la greña y la maraña
por antojo nos perdemos,
entreabierto y pellizcando
pastos que no supo Homero.

FRUTILLAR

Vuela un olor delicado
y tímido y placentero,
delgado como la brisa,
íntimo como el aliento.
Lo había olvidado andando
campos de olores violentos
que se dicen y declaran
casi, casi como un grito.
Sí, sí, ya no recordaba
este aroma de embeleso.

Es el frutillar tendido
que crece callado y lento,
pero en la estación del fruto
se declara desde lejos
y hace torcer el camino
al distraído o al lelo.

El bulto del frutillar
se disimula en el huerto
y el pobrecillo se ignora
que su olor de cerca o lejos
lo denuncia y lo declara
y siempre lo está «vendiendo». *

* *Vendiendo* por «delatando».

—Abájate, mi chiquillo,
hay frutillas que estoy viendo.
Abájate, coge pocas
y deja algo a los que vienen,
y cógelas con cuidado
que él se tiene sus recelos.

—Otra vez vas a decirme
que el frutillar tiene miedo.

—Sí, que lo tienen por unos
que lo revuelven sin seso.

—Voy, voy, pero te descansas.
Que no te rindas. Parece
y que tu cuerpo no es cuerpo.
Por eso ya voy creyendo
que eres fantasma sin sueño.
Pero te sigo y te sigo
y de tanto acompañarte
¿tú no lo ves? Ya te quiero...

No cuesta nada coger
frutillas, aquí las tengo.
¿Qué no las comes, que no?
Son maduras, estás viendo.
Las hueles, las vas contando
y no las comes. No entiendo.
Y te pones a entonar
y ese canto es extranjero.
¿De dónde te lo sacaste?
No cantan eso en mi pueblo.

—Es que yo quiero que cantes
para acortar el sendero.
Aunque siempre lo hice mal,
yo canté con alma y cuerpo.

—Tú quieres decir, repite, Mama,
«yo canté con alma y cuerpo».

—Mal se portó mi garganta,
poquito menos el cuerpo.
Unos me decían ¡sigue!
otros me daban denuestos.
Ahora me vengo acordando,
porque cansado te veo,
que aquel cantar me aliviaba
de mucho, casi de todo,
todo, todo lo olvidaba.
Las gentes se me reían
de la voz y las palabras
y yo seguía, seguía...

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

CHILLAN

La ciudad de amansaderas,
curtidores y alfareros,
tiene tendones heridos
y un no sé qué de lo huérfano,
y a medio alzarse nos cuenta
de su tercer nacimiento.

El Volcán baja a buscarla
como quien busca su oreo.
Pero ella, que es mujer,
le hurta el abrazo tremendo,
y de todo tiempo dura
su amor sin aplacamiento.

El juega en todas las rondas,
vuelto niño de su tiempo.
Da a Eduardo su romance
y a Manuel sopla sus cuentos
y a Pablo le hace cantar
su más feliz canto nuevo.

El baja por no olvidar
la Cordillera,
la madraza araucaria,
le feria del chillanejo.

Y cuando baja, lo sigue
por la vertical del vuelo
Doña Isabel, y se adentra*
por éste y el otro pueblo
donde un corro de mujeres
baila bailes de su tiempo;
y entre una y otra danza,
nos averigua si habemos
más pan, más leche y contento.
Y ahora le vamos a contar
que cunden cosas y puertos.

Doña Isabel se retarda,*
Bernardo vuelve contento
y después, después, los dos
vuelven tejiendo el comento.

Es la presencia callada
y viva, es el largo aliento
de uno que vive en
mundo como un sacramento
que en la caída nos alza
y en la lentitud da el vuelo.
El frecuenta a los ancianos
y llega a los nacimientos,
y acude a las bodas
y amortaja a nuestros muertos.

Por la feria de Chillán
donde rebrillan en cercos
maíces, volaterías,
riendas, estribos, aperos,

* Referencia a Isabel Riquelme, madre del héroe máximo de la independencia de Chile, Bernardo O'Higgins.

cruzaremos sin pararnos
y azuzados del deseo,
porque la que va en fantasma
voz no lleva ni dineros.

Arden eras chillanejas.
Todo Chillán es fermento.
Toda su tierra parece
ofrenda, fervor, sustento,
y salta una llamarada
que nos da a mitad del pecho.
Ternuras balbuceamos
al Padre, oídos abiertos,
y El mira y oye a sus tres
carrizos calenturientos.

Dejen que lo mire largo
en el último reencuentro,
que lo beba fijamente
hasta que imposible sea verlo
y que sus memorias vayan
bajando como en deshielo.

Por esta tierra que mira
con pestañas abrasadas
y unos barbechos de oro
y un trascender de retamas.

Encumbraría el Bernardo
cometas pintarrajeados,
mestizo de ojos de lino,
hombros altos, cejas bravas.

Voces de doña Isabel
venían en la venteada.
Pero tirado en maíces
el mozo oía otras hablas,
la oreja puesta en la tierra
y la vista desvariada.
A otro grito el cimarrón
apenas se enderezaba,
y volvía a dar la oreja
a la greda y a las pajas
y a lo que ellas le decían.

Doña Isabel lo quería
suyo y lo mismo la Parda,
y el Bernardo entre las dos
como un junquillo temblaba.
La Parda se lo luchaba
y de vuelta, trascordado,
las dos sílabas mascaba
y sería de esa brega
la luz que lo iluminaba.

BOLDO

Pasaremos alborotados
de una ola de fragancia.
Demorar, mi niño, el paso,
gozar al aire su gracia.
Tan austeros como viejos
druidas en acción de gracias,
convidando con su gesto
a tomarlos de posadas.
Mienten sus hojas por rudas
que no son cosa cristiana,
pero vuelan por el mundo
sus hojas hospitalarias.
Corta, ponlas en tu pecho,
aunque son duras, son santas
y responden al que pasa
con su dulce bocanada.

—Dijiste que donde son
los árboles cosa santa
allí vamos a dormir
y a recogérles la gracia.

—Sí, sí, chiquito, olvidé.
Yo me llamo «Trascordada».
Aquí se duerme sin pena
doblando la trebolada.
Agradece, cara al cielo,
resplandores y fragancias.

¡Qué mal que duermen los hombres
en su agujero de casas!
Se desperdician las yerbas
y la ancha noche estrellada.
Acuesta al Ciervo con cuido
¡No se vaya de jarana!
Lo rodeas con el brazo
y le resobas la espalda.

—Se llama lomo dijiste.
¿Ves como estás trascordada?

NOCHE ANDINA

La noche de nuestra Patria
de estrellas acribillada
en cedazo a lo divino
está colando las almas.
Hierve así del esplendor
como una Escritura Santa.
¿Por qué será que dormimos
cuando ella dice palabras
que el Día se desconoce
y que sólo de ella bajan?

Tanto fervor tiene el cielo,
tanto ama, tanto regala,
que a veces yo quiero más
la noche que las mañanas.

—¿Qué dices, qué, mama mía,
que no quieres la mañana?

—¿Es que sabéis nuestros nombres
más que se los sabe el alma?
¿Qué miráis y qué veis, para
palpitar como azoradas?
O es que sólo nos decía:
Olvidad vuestra jornada
para que olvidada se alce
la memoria trascordada.

Arde, palpita, conversa
la Madre Noche estrellada,
anula faenas, cuidos,
y borra ruta y jornada.
Era mentira que el Día
canta, cuenta, y sabe y ama.
Es la Noche la nodriza
que sabe, y que vela y canta,
la clara y profunda noche
de las manos alargadas.

Nos habla el tapiz de fuego
con urgidoras palabras.
Parece como que cantan,
de nuestro amor embriagadas.

Ay, perdimos en un tiempo
que la memoria nos guarda
por culpa que no sabemos
la lengua en que nos habla.
Las estrellas siguen dando
en densa leche dorada
sus pulsaciones ardientes
su exigencia apasionada.
Juntad las señas dispersas
y que bajen en palabras.
Arded más por ayudarnos.
Ya casi sois llamaradas.
Ya parece que cantáis
una estrofa única y alta.

—No deis más, que somos sólo
un niño, un cervato y este
atribulado fantasma.

—Mama, no sigas hablando,
me pones susto en el sueño.

CONSTELACIONES

El Toro, el Toro se siente
dueño de Tierra y de Cielo.
Será que mira de lo alto
vencedor siempre al violento,
pero la ley de la Tierra
no le vale para el Cielo:
y él dura y dura embistiendo
sin alcanzarlo al Cordero
y su mugido no asusta
ente alguno de los cielos.
Y el otro, el Cordero, bala
como un dulce niño eterno.

Aunque nos cuenten que luchan
como locos los Gemelos
no te lo creas es que juegan
en un confín de los cielos.

El Cangrejo asusta, pero
sólo te crispa por feo
y es escándalo en el cielo.

El León brilla y gobierna
el ímpetu que le dieron,
pero es un cruzado que
mata árabes bandoleros...
Y dura y dura su lucha
en la Tierra y en los Cielos...

La Virgen, mírala tú,
está a las madres durmiendo
y suelta a gajos canciones
de cuna, que le bebemos,
y esa canción por el gusto
y el dejo la conocemos.

La Balanza es poco amada
de ladrones y violentos
y aquí abajo, cada día,
nos la herimos sin saberlo.

El Escorpión te lo sabes
cuando hay en la ruta un muerto
y le cerramos los ojos
cargándolo hacia su pueblo.

El Sagitario, ése apunta
a cosas que no sabemos,
pero nunca alcanza el blanco
y lo derrota el misterio.

Al Chivo, señor de ovejas,
lo llaman Contra-Cordero.

Acuario, el dueño de fuentes,
es el Aguador del Cielo.

LA TENCA

Como que ella nada fuese
por la color deslavada,
quédate bajo el perul
hasta que cante en su rama.

—¿Y cuánto espero? ¿Hasta que
de cantar le dé la gana?

—Pero no nos ve y por eso
ya empieza desaforada.

—Mama, mejor canta el tordo
cuando mira a su nidada.

—Qué ganas de hacer disputa,
mi niño, cuando eso canta.
Aunque cantaban arriba,
yo bajé de donde estaban
y bajé, chiquito, sólo
por ver mi primera Patria,
y porque te vi vagar
como los cuerpos sin alma.
Calla tú ahora, que ya
no revuela y canta y canta.
¿Le has matado alguna cría?
Di.

—Pero esa no cantaba.

—No cantan cuando es tu antojo,
sino haciendo la nidada.

—Tanto que ya me enseñaste,
pero no a cantar tonada.
¿Tú no aprendiste a cantar
con ésos que arriba cantan?

—Cuando ya calle la tenca
sigues tú. ¿No dices nada?
Tan lindo cantó la madre
que yo, hijo, la escuchaba,
trepándome a sus rodillas
y escuchando embelesada.
El canto no me dormía,
que fui niña desvelada.
Pero calla y déjame
oírme esa bienhadada.

—¿Bienhadada dices? —Sí.
Tal vez ellas tengan hada.

—Pero fuiste tú la que
me contaste que no hay hadas.

—Porque querías hallártelas
y no se buscan, que se hallan...

—Siempre, siempre tu diciendo
un sí y un no. ¿Por qué, Mama?

—Porque algunas cosas son
a la vez buenas y malas,
tal como ocurre con hojas
de un lado aterciopeladas
y con el otro te dejan
con la palma ensangrentada.
Casi no parecen hojas,
parecen mujeres malas.

CAMPESINOS

Todavía, todavía
esta queja doy al viento:
los que siembran, los que riegan,
los que hacen podas e injertos,
los que cortan y cargan
debajo de un sol de fuego
la sandía, seno rosa,
el melón que huele a cielo,
todavía, todavía
no tiene un «canto de suelo».

De tenerlo, no vagasen
como el vilano en el viento,
y de habérmelo tenido
yo no vagase como ellos,
porque nací, te lo digo,
para amor y regodeo
de sembrar maíz que canta,
de celar frutillas lento
o de hervir, tarde a la tarde,
arropes sabor de cielo.

Pero fue en vano de niña
la pela y el a- leo,
y en vano acosté racimos
en sus cajitas de cuento,
y en vano celé las melgas
de frutillares con dueño...

porque mis padres no hubieron
la tierra de sus abuelos,
y no fui feliz, cervato,
y lo lloro hasta sin cuerpo,
sin ver las doce montañas
que me velaban el sueño,
y dormir y despertar
con el habla de cien huertos
y con la sílaba larga
del río adentro del sueño.

REPARTO DE TIERRA

Aún vivimos en el trance
del torpe olvido y el gran silencio,
entraña nuestra, rostros de bronce,
rescoldo del antiguo fuego,
olvidadosos como niños
y absurdos como los ciegos.

Aguardad y perdonadnos.
Viene otro hombre, otro tiempo.
Despierta Cautín, espera Valdivia,
del despojo regresaremos
y de los promete-mundos
y de los don Mañana-lo-haremos.

El chileno tiene brazo
rudo y labio silencioso.
Espera a rumiar tu Ercilla,
indio que mascas recuerdos
allí en tu selva madrina.
Dios no ha cerrado sus ojos,
Cristo te mira y no ha muerto.

Yo te escribo estas estrofas
llevada por su alegría.
Mientras te hablo mira, mira,
reparten tierras y huertas.

¡Oye los gritos, los «vivas»
el alboroto, la fiesta!

¿Te das cuenta? ¡Entiende, mira!
Es que reparten la tierra
a los Juanes, a los Pedros.
¡Ve correr a las mujeres!

FUEGO

Ya se acabaron las noches
del verano que Dios hizo.
No hizo el amoratado
invierno que escarcha nidos,
que traba pies de perdices
y amorata pies de niños.

Vamos a encender el fuego
chocando piedras de río
y acarreando gajos muertos
de chañar y de olivillo.
Vamos el niño y yo misma:
¡no cuesta matar el frío!

Aunque se apriete la noche
como puño de bandido,
en unos momentos salta
atarantado y divino;
no salta de nuestras manos,
sube como de sí mismo.

—Mira tú, ve cómo saltan
y ojean con gestos vivos.
¡Sí, sí, sí! dicen al fuego,
locas de atar, en delirio.
¡Sí, sí, sí! dicen a la llama
¡y tú teniéndole miedo!

—Mama, ríes como loca,
¿cómo es que no tienes miedo?
Son unas locas de atar.
¡Me dan miedo, me dan miedo!

—¡Vaya unas locas de atar
y tú teniéndoles miedo!
—¡Vaya unas locas de atar
y tú riendo, riendo!

—Pena de niñito mío
que llora de ver un fuego.
Seguiremos por hallar
en donde duermas sin miedo.

—¿A dónde es que ahora vamos?
Dilo tú, mis cuatro miedos.
Te asustas de una cascada,
de un forastero, del viento,
te asustas hasta del susto
que doy pasando los pueblos.
¿Qué hago contigo esta noche
para que no tengas miedo?

El fuego nunca se muere,
él espía entredormido,
malicioso el ojo de oro
y subiendo repentino.

Por aquí anduvieron otros
y habrá rescoldos dormidos,
y si sólo son cenizas,
comenzarlo da lo mismo.

Ya vienen las ramas muertas
y vienen a su destino;
jueguen a alcanzar el cielo,
sesteen a lo divino.

Juega al subir y al caer,
juega al muerto y queda vivo.
¡Ay! la hermosura caída
*del cielo... **

Cuando es que desaparece
vuelve en otro y es el mismo.
Todos danzamos por él
y de él desde que nacimos.

Está donde cabrillea
en horno y brasero vivo,
está en amor y dolor
rojo-azul, dorado y fino.

Pena de dejar atrás
cosa linda, padre fuego.

—Mama, por esto también
será que te tienen miedo.
Mama, me da miedo el fuego,
tomamé, que doy un grito.

No vamos, que comeremos
lo amañado y recogido.

* Inconcluso en el original

Las castañas gruñen, saltan
del rescoldo, miedosillo.
En comiendo dormiremos
guardados de padres-pinos.

Y si también te me vuelves,
niño trabado de miedo
¿con quién voy a caminar
la tierra, si es que yo vuelvo?
¡un hombrecito tan fuerte
que llora porque ve fuego!
Quieres seguir caminando,
pero ¿dónde no habrás miedo?

—Paremos donde haya gente
y yo pido alojamiento.

—Y te despides de mí,
porque ¿cómo yo me acerco?

—¡Ay, mama, a qué fue venir
así, parecida a un cuento!
Sigamos mejor, quién quita
que encontremos otro pueblo.

—No repitamos la historia.
Duerme, aquí de cara al cielo.

A DÓNDE ES QUE TÚ ME LLEVAS

—¿A dónde es que tú me llevas
que nunca arribas ni paras?
O es, di, que nunca tendremos
eso que llaman «la casa»
donde yo duerma sin miedo
de viento, rayo y nevadas.
Si tú no quieres entrar
en hogares ni en posadas
¿cuándo es que voy a dormir
sin miedo de las iguanas
y cuándo voy a tener
cosa parecida a casa?
Parece, Mama, que tú
eres la misma venteada...

—Si no me quieres seguir
¿por qué no dijiste nada?
Yo te he querido dejar
en potrerada o en casa
y apenas entras por éstas
te devuelves y me alcanzas
y tienes miedo a las gentes
que te dicen bufonadas
y en las ciudades te azoran
los rostros y las campanas.

—Es que yo quiero quedarme
contigo y tú nunca paras.

Di siquiera a dónde vamos
a llegar. ¿Es en montañas
o es en el mar? Dilo, Mama.

—Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
*lo de «indio pata rajada», **
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.
Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.
Ya camina, ya se acerca,
feliz y llena de gracia.

* Popular por audaz, sin escrúpulos, osado hasta el extremo.

TOMÉ

La marcha se nos ablanda
por un coro que no vemos
de ritmos que nos enhebran
con sus agujas los cuerpos
y sin saberlo nos llevan
con merinos volanderos.

Qué lindo cantáis, telares,
vuestro eterno jubileo,
conociendo como Cristo,
gozo y despedazamiento,
samaritanos de lanas
y miguelescos de aceros.

Más largo el día, más vivos
los carreteles, los émbolos.
Castor y nutria han cobijo
y Juan-Peón tirita al viento.

Quedan lejos los telares,
pero aún siguen con el viento
y que ellos nos van llevando
no saben indio ni ciervo.
Madejas del santo lino,
algodones volanderos,
lanas en pechugas, lanas
de corderos que no vemos

y el cáñamo de navajas
agrias que cortan el viento.
El indio y el ciervo bien
las saben por el husmeo,
yo las manoteo y logro,
me las gano y me las pierdo...

TALCAHUANO

De Talcahuano se viene
un tráfago de astilleros.
Las maestranzas resuellan,
comiendo y soltando hierro,
y brillan cascos vendados
a largas huinchas de acero.

Entran barcos perdularios
y parten otros enhiestos
que van a la mar lo mismo
que atún cogido y devuelto.
Y entra y sale el mar buscando
a buceos azulencos
a los que quiere ganar
y detesta al mismo tiempo,
con el arrebata y suelta
que es el amor del maulero.

CONCEPCIÓN

La ciudad ancha y señora
no trasciende a filisteo;
manso es su pecho de parques
y su fluvial solideo.
Visitada del Espíritu,
toma igual dichas y duelos
y los pinares aroman
su elán y su entendimiento.

Si llego a la media noche,
lecho y mesa puesta tengo;
pero yendo así en fantasma,
asusto a los que bien quiero
y me dejan al umbral
mis bultitos cenicientos...

BIO-BIO

—Paremos que hay novedad.
¡Mira, mira el Bío-Bío!

—¡Ah! mama, párate, loca,
para, que nunca lo he visto.
¿Y para dónde es que va?
No para y habla bajito,
y no me asusta como el mar
y tiene nombre bonito.

—¡No te acerques tanto, no!
Echate aquí, loco mío,
y óyelo no más.
Podemos quedar con él
una semana si quieres,
si no me asustas así.

—¿Cómo dices que se llama?
Repite el nombre bonito.

—Bío-Bío, Bío-Bío,
qué dulce que lo llamaron
por quererle nuestros indios.

—Mama, ¿porqué no me dejas
aquí, por si habla conmigo?

El casi habla. Si tú paras
y si me dejas contigo,
yo sabré lo que nos dice,
por si se me vuelve amigo.
¡Qué de malo va a pasarme,
Mama! Corre tan tranquilo.

—No, no chiquito, él ahoga,
a veces gente y ganados.
Oyelo, sí, todo el día,
loquito mío, antojero.

Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío, y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra en mis tuétanos.

Poco lo tuve de viva;
ahora lo recupero
la eterna canción de cuna
abajada a balbuceo.
Agua mayor de nosotros,
red en que nos envolvemos,
nos bautizas como Juan,
y nos llevás sobre el pecho.

Lava y lava piedrecillas,
cabra herida, puma enfermo.
Así Dios «dice» y responde,
a puro estremecimiento,

con suspiro susurrado
que no le levanta el pecho.
Y así los tres le miramos,
quedados como sin tiempo,
hijos amantes que beben
el tu pasar sempiterno.
Y así te oímos los tres,
tirados en pastos crespos
y en arenillas que sumen
pies de niño y pies de ciervo.

No sabemos irnos, ¡no!
cogidos de tu silencio
de Angel Rafael que pasa
y resta y dura asistiendo,
grave y dulce, dulce y grave,
porque es que bebe un sediento...

Dale de beber tu sorbo
al indio y le vas diciendo
el secreto de durar
así, quedándose y yéndose,
y en tu siseo prométele
desagravio, amor y huertos.

Ya el Tolomí * *te vadea,*
a braceadas de foquero;
los ojos del niño buscan
el puente que mata el miedo,
y yo pasaré sin pies
y sin barcaza de remos,
porque más me vale, ¡sí!
el alma que valió el cuerpo.

* Un ciervo.

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño:
corres tierno, gris y blando
por tierra que es duro reino.
Tal vez estás, según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo...

—Dime tú que has visto cosas
¿hay otro más grande y lindo?

—No lo hay en tierra chilena,
pero hay unos que no he dicho,
hay más lejos unos lagos
que acompañan sin decirlo
y hacia ellos vamos llegando
y ya pronto llegaremos.

LINAR

Por linares y linares
que yo no dejé atravieso
y lo verde y lo azul
cortamos a cuchilleo.

Si yo en carne caminase
te cobrase, linar nuevo,
ropas con que volaría
como un aventado lienzo.
Pero tú ya no me vales,
largo linar de Malleco,
porque es que te voy pasando
medio en veras y medio en sueños.

Este mirar de los linos
con un parpadeo trémulo,
este hablar con lentas sílabas
y no poder entenderlo,
es un ganar y perder
todo en el mismo momento,
bandas de niños se quedan
atrás y los perderemos.

—Para aquí. Oye, escucha
uno como cuchicheo.
Ea, de tus cascos duros,

Tolomí que te devuelvo
y que sigo con el cetro
que no dobla lo azulenco.
Aunque se venga la noche
y que no se vea el suelo
¿a qué corres alocado
si mayoral no tenemos?

CORMORANES

Tribu de los cormoranes
vuelan los aires señeros,
el aire y la tierra vuelan,
siendo el mar su regodeo.
En la arena son mampatos
y Arcángeles en el viento,
Migueles ensalmuerados,
volando aman, cazan, mueren.

Por dárselos a tus ojos
hice en la ruta este sesgo,
niño empolvado de arenas,
hijo triste del Desierto.
Van, van, cielo arriba,
de azules y azules dueños,
en momentos doncelean
de dos y tres vientos ebrios
y en un momento, otra vez,
descienden a ser guaneros.

Vamos, vamos a gozarles
tendidos en huiros yertos
el largo vuelo dormido
como de Lindberghes ebrios
y el descanso del amor
como la nieve en despeño.
¿Qué más, mi niño, queremos?
Cormoranes hemos visto.

ARAUCANOS

Vamos pasando, pasando
la vieja Araucanía
que ni vemos ni mentamos.
Vamos sin saber, pasando
reino de unos olvidados,
que por mestizos banales,
por fábula los contamos,
aunque nuestras caras suelen
sin palabras declararlos.

Eso que viene y se acerca
como una palabra rápida
no es el escapar de un ciervo
que es una india azorada.
Lleva a la espalda al indito
y va que vuela. ¡Cuitada!

—¿Por qué va corriendo, di,
y escabullendo la cara?
Llámala, tráela, corre
que se parece a mi mama.

—No va a volverse, chiquito,
ya pasó como un fantasma.
Corre más, nadie la alcanza.
Va escapada de que vio
forasteros, gente blanca.

—Chiquito, escucha: ellos eran
dueños de bosque y montaña
de lo que los ojos ven
y lo que el ojo no alcanza,
de hierbas, de frutos, de
aire y luces araucanas,
hasta el llegar de unos dueños
de rifles y caballadas.

—No cuentes ahora, no,
grita, da un silbido, tráela.

—Ya se pierde ya, mi niño,
de Madre-Selva tragada.
¿A qué lloras? Ya la viste,
ya ni se le ve la espalda.

—Di cómo se llaman, dilo.

—Hasta su nombre les falta.
Los mientan «araucanos»
y no quieren de nosotros
vernos bulto, oírnos habla.
Ellos fueron despojados,
pero son la Vieja Patria,
el primer vagido nuestro
y nuestra primera palabra.
Son un largo coro antiguo
que no más ríe y ni canta.
Nómbrala tú, di conmigo:
brava-gente-araucana.
Sigue diciendo: cayeron.
Di más: volverán mañana.

Deja, la verás un día
devuelta y transfigurada
bajar de la tierra quechua
a la tierra araucana,
mirarse y reconocerse
y abrazarse sin palabras.
Ellas nunca se encontraron
para mirarse a la cara
y amarse y deletrear
sobre los rostros sus almas.

COPIHUES

Por lo denso y lo sombrío
de nuestra Madre la Selva,
pasan, pasan y repasan
como gnomos que la peinan,
unos golpes de color,
unos gestos y unas señas.
Si, en lo denso y en lo oscuro
es como si fueran gestos.

—De veras y son de dos
colores, lo estoy viendo.
Mama ¿qué son ellos, mama?
Para, para. ¿Por qué sigues?
Para, que yo quiero verlos.
Me dijiste que la selva
no da flores, sólo leños.
¡Y qué lindas que las da
de repente! Como un cuento.

—Eso no es árbol, eso es
el copihue, nada menos.

—¿Por qué no lo hallamos antes?
¡Ay! deja verlo, paremos.
Se puede cortarle un gajo
mama, si, mama, paremos.

Tú te lo sabes contado.
La fiesta, la fiesta es verlo.

—No más, no cortes, no más.
¡Tantos hay por el sendero!

—¿Tú te sabes el camino,
mama? Pero dime: ¿es cierto?

—Los hay, sí, los hay, mi loco
porfiado, «te lo prometo».
¿Es que no te lo sabías
por la canción que le hicieron?

—Canción, canción, yo no sé
apenas silbar... al viento.
Sílbalo, sílbalo tú.

—Para qué, si está silbando
desde ayer el mismo puelche
y te dio miedo, sí, sí.
Paremos ¿quieres? Verás
que te toma y te gobierna.

—¿Quieres decir, mama, que
a ese loco le obedeces?

—Tal vez, chiquito. Me gusta
caminar con él, seguirlo,
hablarle a trechos, decirle

viejas palabras mimosas.
El tiene cuarenta nombres
y uno le robé, sin miedo.

—¿Para qué, di, mama loca?

—Me lo hallé en tierras extrañas,
duro, juguetón, violento.
Las mujeres lo temían
como demonio de cuento;
a mí me doblaba el alma,
el respiro y el contento.

—¡Ay, mama! Será que es cierto
lo que de ti me dijeron.
Yo no lo quise creer
¡y era cierto, y era cierto!

¿Qué? Dilo, dilo, cuenta.

—Que tú eres mujer pagana,
que haces unos locos versos
donde no mientas, dijeron,
sino a la mar y a los cerros.

—¡Ja, ja, ja! Niño, parece
que todo lo que cruzamos
y todo lo que tenemos
y todo lo que alabamos
hemos de amarlo y lo amamos;
pero que no lo decimos
por locos o renegados.

—Mama, y no te aburres, di,
de caminar sin descanso
tierras ajenas, oyendo
ajenas lenguas y cantos.

—No me canso, no, chiquito,
a todos perdí en marchando.
La montaña me aconseja,
el viento me enseña el canto
y el río corre diciendo
que va a la mar de su muerte,
como yo, loco y cantando.

HELECHOS

Donde la humedad se guarda
asistidora y mansueta
y el resuello del calor
no alcanza a la Madre Gea,
suben, suben silenciosos
como unas palabras lentas,
en silencio suben, suben
estos duendes manos quietas.

Y cuando tienen la alzada
de la garza o el flamenco,
ya descansan y se quedan
latiendo de su misterio.
¡No pasar por ellos, digo,
dejarlos, que están durmiendo!
Porque sólo yo, fantasma,
ni los doblo ni los hiero.

Oiganlos dormir, dormir
sin moverles un cabello.
Ellos no viven ni mueren,
sólo escuchan el silencio,
y con el silencio hacen
cosa que no conocemos:
sueño de niños o danzas
de unos enanos traviesos.
Queden así entredormidos

custodiando su secreto
y tal vez mi propio sueño.

Duerman los helechos altos
callados como un secreto,
sigan latiendo dormidos
así, callando y latiendo.

¡Qué dulce su frente fría
y su aspiración de cielo!
En el aire van y van
y restan, restan, quedados,
y se parecen al monje
que entrega en su rezo el alma.
Duerman los helechos altos
que yo guardaré su sueño.

PIEDRA DE LA AMISTAD

Yéndonos a lo mañoso
en dulce y verde ladeo,
llegamos hasta la Piedra
de la Ayuda y don Fraternos
que nos lanzó el Volcán Llaima
con el envión de un braceo,
vuelta peonza y gracejo,
y en donde se toma el pan,
el tabaco, el vino nuevo
y ha de dejarse a la vuelta
doblados vino y pan negro.

El huemul no encuentra hierba,
el niño apuña higos secos
y yo que soy sólo vaho,
guardo el signo y agradezco,
mirándome al voleador
que juega divinos juegos
y con jadeo, en su fragua,
zumba unas piedras redondas
a lo demiurgo y joyero.

VOLCÁN DE VILLARRICA

Entre resplandores y humos,
exorcismos olvidados,
la indiada secreta va
y viene, brazos en alto,
o se calla en piedra atónita,
en la compunción antigua;
porque el Pillán va cruzando
y la tierra araucana
reverbera de mirarlo,
viejo Pillán que gestea
con relámpagos y truenos.

De pronto, le salen grandes
voces y por sus costados
*baja un caupolicánico **
furor de Dios embridado
y colérico y su bulto
parpadea de relámpagos
y el gentío de su reino,
que lo tenía olvidado,
se acuerda de su demiurgo
y el hervor de su Centauro.

Los blancos muestran el puño
a su poderío desaforado;

* Curioso adjetivo del sustantivo propio Caupolicán, jefe aracano inmortalizado por Ercilla en «La Araucana».

a los mestizos les sube
los sucedidos quemados,
y el indio, a medio pastal,
pecho y rostro conturbados,
se arrodilla y masculla
los conjuros no olvidados,
y los nombres de los dioses
vuelven a pecho y a labio.

Va acercando y confesándose
un rey o profeta magno
y unas nubes casquivanas
juguetean a cegarlo
y envolverlo con sus brazos.
Ay, las locas casquivanas,
llenas de gestos y brazos,
locas de atar y subiendo
como unos niños llamados;
pero las aspaventosas
son meros resuellos blancos
que hace y deshace El;
suben envalentonadas
y son juegos del Padrazo.

—Va a llover, mama, no sigas,
que estamos a campo raso.

—Te digo que está jugando
el Volcán, como un chamaco. *
No halla qué hacer allá arriba
sin mujer y sin chamacos.

* *México*: «Niño, muchacho».

—Yo quiero al Volcán. Lo quiero
¿Y si me voy a bajarlo?
Cuentan, mama, que es persona
y es brujo y manda de lo alto.
Quiero llegar donde está
y lo quiero de padrazo.

—No te voy a dejar, no,
novelero, desvariado.
Calla, calla.
Aquí no levantas piedras,
aquí no puedes gritar,
aquí conmigo no quedas
pues permiso no te dan.

—Yo me quería coger
la luna y no me dejaron...

—Tú lo ves, cuando te mueras
vuela entonces a tus costados.

—¿Qué es eso de morir, mama?
Nunca tú me lo has contado.

—Yo no te cuento la muerte,
ya la tuve y la he olvidado;
pero te cuento el Volcán
en cuanto hayamos pasado.
Me gusta oírte la marcha
como de versos contados.
Oyetela tú también

y entiende que va cantando.
Es porque la marcha canta
que en andar nos enviciamos.

—Pero yo no te la oigo,
mama, y ambos caminamos.

—Mira la marcha con cifras
que ni vemos ni escuchamos.
En comenzando la marcha
la oímos y la contamos,
después ya no se la siente
y es ella la que nos manda
y lleva y, aunque queramos,
ni se afloja ni se acaba.
Ay, mi niño trotador,
no te pase lo de tu aya.
Yo me puse a caminar
y me tuve cien posadas,
pero cansada de andar
mi Angel que me custodiaba,
un día me cortó rutas,
vagabundeo, jornadas,
y entonces cargó conmigo
hacia meseta tan ancha
que sólo invita a restar,
a entenderla y a alabarla.

—Llévame tú donde estás,
no me dejes en posadas.

—Ay, chiquito, a lo mejor
tú me envicias con jornadas

y me quemas el sosiego
de la séptima morada.

¡Tanto que en ella se canta
y son tan anchas sus abras!
Oye, no preguntes más,
que no sigo contestándote.
*Poco falta para el lago **
de la bienaventuranza
que va a callarte el parleo
y a hacer tu lengua sobrada.
Ya el azul se le entrevé
y el frescor llega a las caras,
y ya casi, casi se oye
su palabra silabeada.

* *Lago de Villarrica*, junto al Volcán de este nombre.

ARAUCARIAS

Doce son de todo tiempo
las madres-araucarias.
Cada leñador que cruza
quiere tumbar la parvada,
y halla que de la primera
mañana a la tarde canta
y hierve y bulle esta ronda
y nunca su canto para,
y las doce duran íntegras
por la gracia amadrinadas.
Cuando Dios repartió dones
y exhaló de sí la Gracia
y lento la fue exhalando
sobre el tendal de las plantas,
dicen que El hizo a la última
la más feliz de las dádivas
y la última de todas
fue nuestra Madre Araucaria.

Desde entonces hasta hoy,
los cuatro vientos proclaman
a todo el que va cruzando
que en el País de Extremo,
en lonja apenas montada,
vive la Madre y Señora
y Patrona Araucaria.

—A ver si nos acostamos

y dormimos siesta mansa
si ella nos regala el sueño
de Jacob y la Agraciada
bajo la mirada fija
de Madraza Araucaria.

—Niño, no sé si son veras
o no son las que te cuento,
pero yo le creo más
a gañán que a faroleros.

Tiene Juan casa tan triste
que sueña y cree en sus sueños
y cuentos crea dormido
y cuentos también, despierto.

—Mama, todo lo que vos
estás contando es un cuento?

—A veces son grandes veras
y otras, humos frioleros.

—Dame, entonces, de los dos;
pero dime si eso es cuento.

—Sigamos, el niño mío,
con el pino-sube-cielos
acordándote de que él
inventa y regala sueños.
¿A qué trocar por licores
el falerno que te dieron,
si el corazón, que es tu vino,
arde dentro de tu pecho?

EL MUSGO

Aunque tus ojos, chiquillo,
rebrillaron en los álamos
y gritaste al encontrar
maitén-sombrea-ganados,
también te enamorarás
del musgo aterciopelado,
del musgo niño y enano,
humilde y aparragado.

Ellos no quieren subir
como el pino encocorado
y no pidieron ser vistos
ni doncelear de ramos.

Ellos duermen, duermen, duermen,
y callan empecinados,
dueños del tronco del coigüé,
de las moradas vacías
y el jardín abandonado.

Abájate y acaricialos,
que aman ser acariciados.
A los vivos ellos visten
y crecen con gran fervor
en donde sueñan los muertos
que están bien adormilados.
Ellos han sólo a la noche
su corona de rocío
y en subiendo el sol se acaban...

CISNES

(EN EL LAGO LLANQUIHUE)

Otra vez dejar la ruta
torciendo a cosa vedada.
Yo me sé un agua escondida
que no camina ni canta
y, aunque es tan hermosa, nadie
se la busca ni se la ama.
Es el agua de los cisnes,
verde, secreta, extasiada.

—No te entiendo, a veces, mama,
tuerces el rumbo por nada.

—Callarse y andar. Les tengo
una sorpresa, una gracia.
Cárgate el ciervo; él es loco
y esa «persona» es «quedada».

—¿Es gente, di? Me da miedo.

—Caminar para arribar.
¡Qué ganas de hablar, qué ganas!

—Ve que dejas el camino.
¿A dónde nos llevas, mama?

—Yo no te lo cuento, no.
Anda no más, ándate, anda.
Y para que no te aburras
ponte a cantar con tu mama.
Yo me tuve antes caminos
de cascajos, de pedradas,
tuve rutas amorosas
y las tuve envenenadas.
¡Andar, andar, ay qué linda
tierra para caminada!

—Pero di adonde nos llevas
que, a lo mejor, vas «tocada». *
Ya me he caído dos veces
y tú, «tú como que nada».
¿Qué es eso que se ve, di?
Es cosa viva y parada.
Y será que tiene frío
que se ve como engrifada.
¿Mama, alguna vez la viste?
Sigues sin saber de nada.

—Tú ya no crees en mí
sólo porque soy fantasma.

—¡Qué grande, y azul y quieto,
parece cosa embrujada!
Haz la señal de la cruz.
Yo nunca vi agua parada.

—Es tu lago de Llanquihue,
la más dulce de tus aguas.

* *Tocada* por «trastornada».

Parece que está adorando;
sólo cuchichea, no habla.
Tal vez estará orando
y le sobran las palabras.

Pero se tiene un respiro,
una hablilla, una nonada.
No haber miedo de allegarse;
recibirle la mirada.
Nadie te miró tan dulce
y con tan larga mirada.

—Mama, es tan grande y apenas
apenitas da palabras.

—Siempre me sobró el hablar
con este Señor del Agua,
como la muda quedé
para recibirle el agua
y lavar en él mis vistas
como niña avergonzada.

—¿Y cómo lo llaman, di?
A ver si llamado, él habla.

—Oye: se llama Llanquihue,
el indio así lo mentaba.

—¿Y qué dice eso «Llanquihue»?

—¡Ay! para nosotros, nada!
Porque fue la vieja gente

la que, como Dios, mentaba,
y nombrar es un gran arte.
Tu y yo no sabemos nada.
Ellos nombraron palpando
criaturas bien amadas.
Emparentar se sabían
los sonidos con sus almas
y a dioses se parecían
toda cosa bautizando.

SELVA AUSTRAL

Algo se asoma y gestea
y de vago pasa a cierto,
un largo manchón de noche
que nos manda llamamientos
y forra el pie de los Andes
o en hija los va subiendo.

Por más que sea taimada,
la selva se va entreabriendo
y en rasgando su ceguera,
ya por nuestra la daremos.

Caen copihues rosados,
atarantándome al ciervo
y los blancos se descuelgan
en luz y estremecimiento.

Ella, con gestos que vuelan,
se va a sí misma creciendo;
se alza, bracea, se abaja,
echando oblicuo el ojeo;
sobre apretadas aurículas
y otras hurta con recelo,
y así va, la marrullera,
llevándonos magia adentro...

Sobre un testuz y dos frentes,
ahora palpita entero

un trocado cielo verde
de avellanos y canelos,
y la araucaria negra
toda brazo y toda cuello...

*Huele el ulmo *, huele el pino*
y el humus huele tan denso
como fue el segundo día
cuando el soplo y el fermento.
Por la merced de la siesta
todo, exhalándose, es nuestro,
y el huemul corre alocado
o gira y se estrega en cedros,
reconociendo resinas
olvidadas de su cuerpo.

Está en cuclillas el niño,
juntando piñones secos
y espía a la selva que
mira en madre, consintiendo...
Ella como que no entiende,
pero se llena de gestos,
como que es cerrada noche
pero hierve de siseos.

Cuando es que ya sosegamos
en hojarascas y légamos,
van subiendo, van subiendo,
rozaduras, silabeos,
mascaduras, frotecillos,
temblores calenturientos,
el caer de las piñetas,

* *Ulmo*, árbol de la Selva Sureña

la resina, el gajo muerto,
pizcas de nido, una baya,
unas burlitas de estiércol.
Abuela silabeadora,
ya te entiendo, ya te entiendo.

Deshace redes y nudos,
abaja, abuela, el aliento;
pasa y repasa las caras,
cuélate de sueño adentro.

Yo me fui sin entenderte
y tal vez por eso vuelvo;
pero allá olvido a la Tierra
y, en bajando, olvido al Cielo.
Y así voy, y vengo, y vivo
a puro desasosiego.

La tribu de tus pinares
gime con oscuro acento
y se revuelve y voltea,
mascullando y no diciendo.
Eres una y eres tantas
que te tomo y que te pierdo,
y guiñas y silbas, burla
burlando y hurtas el cuerpo,
carcajeadora que escapas
y mandas mofas de lejos...
¡Ay! no te mueves, que tienes
los pies cargados de sueño...

Se está volteando el indio
y queda, pecho con pecho,
con la tierra, oliendo el rastro

*de la chilla y el culpeo *.*
Que te sosieguen los pulsos,
aunque sea el puma abuelo.
Pasarían rumbo al agua,
secos y duros los belfos,
y en sellos vivos dejaron
prisa, peso, y uñeteo.

El puma sería padre,
los zorrillos eran nuevos.
Ninguno de ellos va herido,
que van a galope abierto
y beberemos nosotros
sobre el mismo sorbo de ellos...

Aliherido, el puelche junta
la selva como en arreo
y con resollar de niño
se queda en plata durmiendo...

Vamos a dormir, si es dable,
tú, mi atarantado ciervo,
y mi bronce silencioso,
en mojaduras de helechos,
si es que el puelche maldadoso
no vuelve a darnos manteo.

Que esta noche no te corra
la manada por el sueño,
mira que quiero dormirme
como el coipo en su agujero,

* *Culpeo*, especie de zorra grande y color oscuro.

con el sueño duro de esta
luma donde me recuesto.*

¡Ay, qué de hablar a dos mudos
más ariscos que becerros,
qué disparate no haber
cuerpo y guardar su remedo!
¡A qué me dejaron voz
si yo misma no la creo
y los dos que me la oyen
me bizquean con recelo!

Pero no, que el desvariado,
dormido, sigue corriendo.
Algo masculla su boca
en jerga con que no acierto
y el puelche ahora berrea
sobre los aventureros...

* *Luma*, árbol chileno de la familia de las mirtáceas.

EL MAR

...Que vamos llegando al mar
ya se siente en el resuello
de chilote que remase
siempre y sin brazos ni remos
y llega, sin llegar, altos
y ensalmuerados los dedos...

¡Mar dicho por bufonada
Pacífico y llevadero,
que alza cinco marejadas
donde le dan regodeo,
greña suelta, gana suelta,
Mar de Chile sempiterno!

El huemul no le vio nunca;
el indio sí vio sus belfos
cuando avienta engendros locos
que le vamos recogiendo
Y yo tanto le conozco
que casi en hija lo peino,
cuando, oscuro y poseído,
se pone a romper su pecho...

Y cuando de soledades
o de Pasión enloquezco,
él ríe de risa loca
salpicando mis cabellos

o me repasa las sienes
con peces dulces y trémulos
hasta que en la duna tierna
me deja, en niña, durmiendo.

El mar nos aviva el hambre
por dársenos en sustento
y ofrecernos como a reyes
peces, cháchara y festejo.
Un chilote vagabundo
de barca rota hace fuego
y al ciervo, loco de llamas,
apenas si lo sujeto
y me tengo de manearlo
con los huiros que destrenzo.

El viejo brazos curtidos
la red tira en un braceo
y a mi lado brilla una
conflagración de luceros
por las merluzas lunares
montadas en bagres feos
y los congrios que parecen
un poniente en tendedero...

No estamos muy ciertos, no,
*de dormir si viene el Cuero **
aupado en la marea
o atraca el Caleuche ardiendo,
y a los tres nos arrebata
su proa, de un manoteo...

* Según creencias populares, en lagos y ríos aparecen Cueros vivos, extraños seres que de
a los niños.

¡Quedaremos dormitando,
oyendo al gran Loco Suelto,
el indio, lacio de ruta,
latiendo azorado el ciervo
y yo vuelta hacia la Patria
de hierba que tuve lejos!

NIEBLA

La niebla ha ido adensándose
en forro azul-ceniciento
y cegando el mar nos hurta
la nidada de archipiélagos:
hembra tramposa y ladina
que marcha con pasos lerdos.

Difumina a Chiloé,
llega hasta Tierra del Fuego
y trueca en malabaristas
lomos de niño y de ciervo,
y mi bulto escamotea
sólo porque lloren ellos.

Ya las trampas le conozco
de redondear el cerco
y hacer «la gallina ciega»
con el pastor o el arriero.
Ella ahora está jugándonos
el su sempiterno juego
y urde ballenas y pulpos
de un vago mar hechicero.
Nos da por bien ahogados,
perdidos y prisioneros,
aunque estamos bajo de ella,
como Dios nos hizo: enteros.

Les cuchicheo a mis crías
que no es bulto, que es resuello,

que no es brazo de ahogarnos,
que es, no más, bostezo muerto,
que no peleamos con héroe
sino con blanco esperpento.
Y el huevo azul entreabrimos
a lancetadas de acentos
y se lo desbaratamos
con los dos calientes cuerpos.

En el acuario de niebla,
acribillado de engendros,
el remador de tres mares
se ha puesto a contar sucesos;
dice los lentos canales,
romances los estrechos
como quien devana mundos
con las manos y los gestos.

Ahora el viejo está contando
el largo relato añejo,
de las costas masticadas
por el mar de duros belfos
y está diciendo a la Antártida
que habemos y que no habemos...

La Antártida de su boca
sube como alción en vuelo,
el blanco animal divino,
engolado y soñoliento.
Así con ella dormimos
fraternales y mansuetos,
la bestezuela del símbolo
y el indio calenturiento.

Nos acabamos en donde
se acaba igual que en los cuentos,
la Madraza que es la tierra
y acaba en santo silencio;
pero los tres alcanzamos
el apretado secreto,
el blancor no conocido,
el intocado Misterio.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

PATAGONIA

A la Patagonia llaman
sus hijos la Madre Blanca.
Dicen que Dios no la quiso
por lo yerta y lo lejana,
y la noche que es su aurora
y su grito en la venteada
por el grito de su viento,
por su hierba arrodillada
y porque la puebla un río
de gentes aforesteradas.

Hablan demás los que nunca
tuvieron Madre tan blanca,
y nunca la verde Gea
fue así de angélica y blanca
ni así de sustentadora
y misteriosa y callada.
¡Qué Madre dulce te dieron,
Patagonia, la lejana!
Sólo sabida del Padre
Polo Sur, que te declara,
que te hizo, y que te mira
de eterna y mansa mirada.

Oye mentir a los tontos
y suelta tu carcajada.
Yo me la viví y la llevo
en potencias y en mirada.

—Cuenta, cuenta, mama mía
¿es que era cosa tan rara?
Cuéntala aunque sea yerta
y del viento castigada.

Te voy a contar su hierba
que no se cansa ni acaba,
tendida como una madre
de cabellera soltada
y ondulando silenciosa,
aunque llena de palabras.
La brisa la regodea
y el loco viento la alza.
No hay niña como la hierba
en abajar bulto y hablas
cuando va llegando el puelche
como gente amotinada,
y silba y grita y aúlla,
vuelto solamente su alma.

LA HIERBA

Te voy a contar la hierba
de cabellera soltada
y latiendo y ondulando
como llena de palabras.
Es una niña en el gajo
y en el herbazal, matriarca.

Hierba, hierba, hierba sólo
niña hierba arrodillada,
hierba que teme y suspira,
y que canta así postrada.

Pequeñita hierba niña
voz de niña balbuceada.
Dulce y ancho es su fervor
y su voz es balbuceada.

El oscuro cielo mira
y oye a su hija arrodillada,
ya no son huertas sensuales,
mimadas y cortesanas,
locas de color y olor
y borrachas de palabras,
ya sólo es «Niña la Hierba»,
«Angel la Hierba», nonada,
una ondulación divina
y su alma balbuceada.

Niña la hierba, doncella
la hierba, corta palabra,
dos turnos no más y el mismo
subir y ser abajada.
Un solo y largo temblor
mientras cruza aquel que mata
y el viento loco que se alza
y dobla por bufonada.

Cánsese el viento, sosiegue
el cacique de las landas.
Sienta su temblor de niña
y duérmase en la llanada.
Sólo hierba, sólo ella
y su infinita palabra.

Las mujeres le olvidaron
la voz pequeña y quedada,
el siseo innumerable
y la sílaba quedada.

Hierba del aire querida,
pero hierba apenas siseada.
Pase el viento, escape el viento,
quiero oír a la postrada.

La oveja le dice «Madre»,
el viento le dice «Amada».
Yo no te quise doblar
con dedos ni con guadaña.

Yo esperaba que callases,
Arcángel de manos alzadas,

para escucharle el respiro
de niña que gime o canta.

Pasta la oveja infinita,
de tu grito atribulada
y una cubro con mi cuerpo
y parezco, así, doblada,
una mujer insensata
que ama a los dos, trascordada.

Todo lo quiere arrasar
*el Holofernes * que pasa.*
A la vez ama y detesta
como el hombre de dos almas
y en el turno que le dieron
agobia y abate o alza.

Calla, para, estás rendido
como está rendida mi alma.
Viento patagón, la hierba
que tu hostigas nunca matas.
Hierba al Norte, al Sur, al Este,
y la oveja atarantada
que la canta y que la mata.

Hierba inmensa y desvalida,
sólo silencio y espaldas,
palpitador reino vivo,
Patagonia verde o blanca,
con un viento de blasfemia
y compunción cuando calla,
patria que alabo con llanto.

* *Holofernes*, general de Nabucodonosor I, que invadió Palestina en 689 a. de J.C. En el sitio de Bethulia fue muerto por Judith al final de un banquete.

Verde patria que me llama
con largo silencio de ángel
y una infinita plegaria
y un grito que todavía
escuchan mi cuerpo y mi alma.

ISLAS AUSTRALES

En donde Chile cansado
por fin de rutas y espacio
quiere morir como todos,
gacela, coyote o ganso,
él empecinado aún
ojea acalenturado
la nidada de las islas
fuera de ley y de hallazgo;
pero se acabó su reino,
su voluntad y su mando,
y se queda en Puerto Montt,
como amante defraudado,
vencido el ojo de polvo,
una vez por fin exhausto.

¿Qué va a hacer el peregrino,
el trotamundos mirando
la danza de las cien islas
que ríen o están cantando?
Viene una aguda fragancia,
una incitación, de coro báquico de niñas
tiradas a la mar libre,
vírgenes pero embriagadas.
Yo no les sigo el canto,
maña, locura ni danza.
Todas ellas son hermanas,
pero por la niebla vaga
unas parecen figuras;
todas están bautizadas
y, como las Gracias, todas
son donosas y alocadas.

DESPEDIDA

Ya me voy porque me llama
un silbo que es de mi Dueño,
llama con una inefable
punzada de rayo recto:
dulce-agudo es el llamado
que al partir le conocemos.

Yo bajé para salvar
a mi niño atacameño
y por andarme la Gea
que me crió contra el pecho
y acordarme, volteándola,
su trinidad de elementos.
Sentí el aire, palpé el agua
y la Tierra. Y ya regreso.

El ciervo y el viento van
a llevarte como arrieros,
como flechas apuntadas,
rápido, íntegro, ileso,
indiecito de Atacama,
más sabes que el blanco ciego,
y hasta dormido te llevan
tus pies de quechua andariego,
el Espíritu del aire,
el del metal, el del viento,
la Tierra Mama, el pedrisco,

el duende de los viñedos,
la viuda de las cañadas
y la amistad de los muertos.
Te ayudé a saltar las zanjas
y a esquivar hondones hueros.

Ya me llama el que es mi Dueño...

SECC. CHILENA

En esta colección:

Alberto Blest Gana

1 MARTIN RIVAS
2 EL LOCO ESTERO
3 EL IDEAL DE UN CALAVERA
4 DURANTE LA RECONQUISTA (Tomo I)
5 DURANTE LA RECONQUISTA (Tomo II)

Vicente Pérez Rosales

6 RECUERDOS DEL PASADO

José Manuel Vergara

7 DANIEL Y LOS LEONES DORADOS
Y CUATRO ESTACIONES